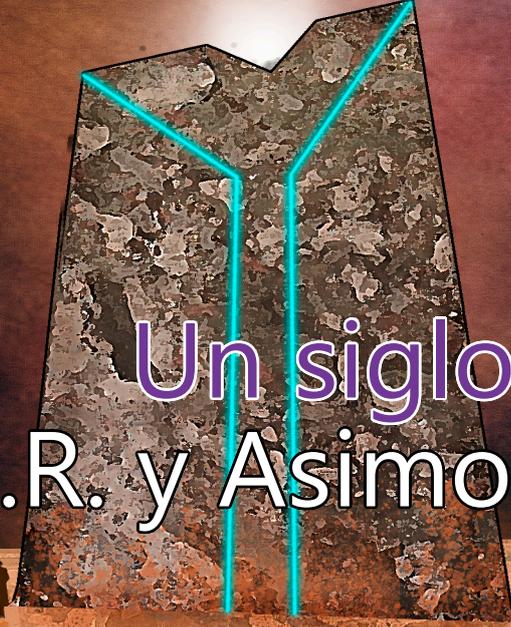
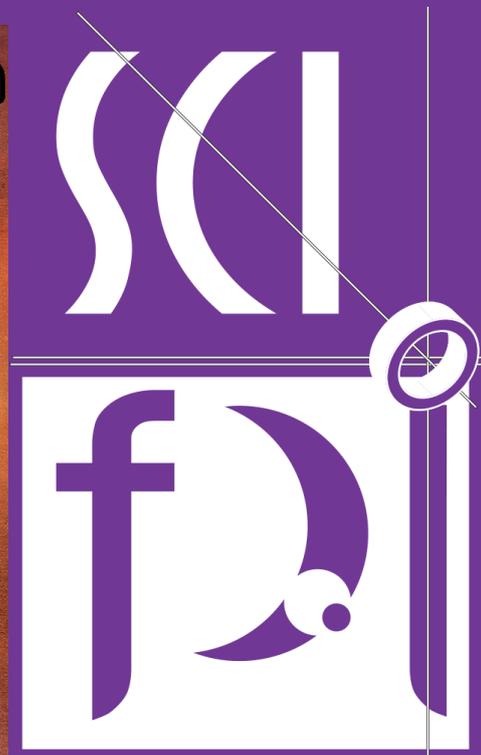


Sci·FdI: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



Un siglo de robots
R.U.R. y Asimov cumplen
100 años

Portada: Adriano | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



**UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID**

·Cien años de robótica en la Ciencia Ficción ·El día de la fundadora ·
·Flujo y reflujo ·Conoce a tu Llais ·La profe ·El vendedor de recuerdos ·
·Esporas ·La cosa ·Virtual ·Revelación ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Pablo Moreno Ger
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
Julio Septién del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Adrián

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en \LaTeX por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Editorial

Comité Editorial

Año 2020. La mutación de un virus hace que comience a transmitirse a gran velocidad entre los humanos, causando la muerte de miles de personas a medida que se expande por todo el planeta. Gobiernos de distinto signo comienzan a aplicar medidas de confinamiento. Las calles se encuentran vacías y los hospitales llenos. Desgraciadamente no es el comienzo de uno de nuestros relatos, ni de una de las películas de estreno actuales. En este caso es la propia realidad que nos rodea y a la que se enfrenta actualmente buena parte de la población, con un personal sanitario completamente volcado en la atención a los infectados, a sabiendas del riesgo que corren.

Desde nuestra humilde revista hemos querido editar en esta ocasión un número un poco más extenso que en ocasiones anteriores, para tratar de proporcionar un poco más de entretenimiento a todas aquellas personas que se encuentran actualmente confinadas en sus casas. Así, comenzamos con un ensayo para conmemorar el centenario de la acuñación del término robot. A continuación, celebraremos El día de la fundadora con un poco de Flujo y reflujo. Tras Conoce a tu Llais también conoceremos tanto a La profe como a El vendedor de recuerdos. Después afrontaremos el apocalipsis de las Esporas y de La cosa. Eso sí, todo será Virtual y esperamos que nos lleve a una interesante Revelación.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado según el cual los editores de Sci-FdI estamos perdiendo la cordura debido a nuestro confinamiento. El equipo editorial y los respon-

sables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladurías sin fundamento. Es bien sabido que para perder algo es necesario haberlo tenido previamente...

Índice

Cien años de robótica en la Ciencia Ficción	4
El día de la fundadora	14
Flujo y reflujo	23
Conoce a tu Llais	29
La profe	34
El vendedor de recuerdos	36
Esporas	38
La cosa	42
Virtual	45
Revelación	47

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>
Envíos y sugerencias: scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FdI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Cien años de robótica en la Ciencia Ficción

Campoamor Stursberg, Rutwig

Para el aficionado incondicional a la ciencia ficción, el año 1920 destaca especialmente entre las efemérides asociadas al género, al marcar el centenario del nacimiento de Isaac Asimov, una de las figuras que han tenido mayor repercusión, difusión e influencia en la literatura de ciencia ficción.¹ En este contexto, el nombre de Asimov se asocia de forma natural con una de las corrientes más características de la literatura de anticipación, los robots. Aunque la idea de entes mecánicos o mecanizados es anterior a Asimov y a la propia ciencia ficción,² le corresponde a él el mérito de haber conferido a la noción de robot una relevancia literaria y técnica propias, a la vez de intentar sistematizar e incluso proponer pautas de comportamiento que, en un futuro indeterminado, pudiesen servir como base de una programación eficiente y segura de máquinas autónomas dotadas de una capacidad de aprendizaje y asimilación. El desarrollo del "cerebro positrónico" es la materialización física del deseo de un intelecto artificial con todas las características creativas e intelectuales humanas, pero desprovisto de sus vicios y defectos, que son rigurosamente descartados mediante la aplicación de tres leyes, que forman el decálogo de la psicología robótica.

Aunque las tres célebres leyes de la robótica sean criticables desde una perspectiva puramente científica, al constituir postulados de naturaleza ética y/o moral en lugar de axiomas o proposiciones pertenecientes a la lógica, es innegable que su formulación ha sido de gran utilidad tanto en el contexto de la teoría de la información como en la propia robótica, aunque sea en términos meramente comparativos, sirviendo a menudo como motivación para los especialistas. Recordemos que el industrial Joseph Engelberger, fascinado por las obras de Asimov, desarrollaría el primer robot industrial (llamado Unimate #001) en 1958.³ Por otra parte, es muy probable que las

peripecias y tribulaciones que padecen los robots asimovianos hayan sido de algún modo una inspiración para los especialistas en computación, con el fin de programar y emular pautas del comportamiento y la psicología humanas, en lo que puede interpretarse como un antecedente de la psicología robótica.⁴ El término robot como tal aparece incontestablemente por primera vez en una pieza teatral en tres actos titulada R.U.R. (Rossumovi Univerzální Roboti), debida a Karel Čapek, y fechada en 1920.⁵ Puede considerarse, por tanto, que dicho año conmemora tanto el nacimiento de la robótica moderna como el de su principal impulsor en la ciencia ficción.

Los robots de Čapek no son meramente ingenios mecánicos con apariencia humana, sino entes orgánicos antropomorfos producidos, eso sí, mediante un proceso industrial. En esencia, podrían considerarse como andróides producidos en serie. La elección de su denominación como "robot", vocablo derivado del checo "robota" y que significa trabajo (forzado), se debe a su función principal, que es liberar a la humanidad del trabajo para ofrecerle el retorno al paraíso. Dicha liberación equivale, no obstante, a la sumisión y esclavitud de los robots, que en un principio son indiferentes a su destino. La llegada de la protagonista Helena Glory a la remota isla donde se encuentran las industrias de R.U.R. tendrá funestas consecuencias. Romántica e inconsciente activista en su lucha por la equiparación moral, legal y espiritual de los robots, su matrimonio con el industrial Domin la pondrá en una situación privilegiada para influir en el trabajo del Dr. Gall, fisiólogo jefe de la empresa. A instancias de la bienintencionada Helena, Gall tratará de dotar a sus robots de un "alma", y los experimentos para modificar la psicología de los robots darán resultado, aunque no exactamente en el sentido deseado. Al desarrollar su conciencia y una especie de moral, los robots

se percatan de su esclavitud y aprenden a odiar a sus opresores, a los que acusan de privarles del "secreto de la vida". Alentados y capitaneados por el robot Radius, los androides se sublevan mundialmente contra la humanidad y la exterminan, con la excepción del constructor Alquist, a quien los robots exigen, piden y finalmente suplican el citado secreto de la vida, que no es sino el manuscrito de Rossum que permitió la creación de los androides. Habiendo sido destruido este valioso documento por la propia Helena en un arrebato de pánico, los robots deben asumir que están, a su vez, condenados a la extinción.

En su conjunto, la obra es, como otras tantas de Čapek, pronunciadamente pesimista, aunque a la hora de interpretar R.U.R. no debe olvidarse el contexto histórico en el cual la obra fue escrita, recientemente acabada una guerra donde los progresos científicos habían sido inmediatamente adaptados al uso bélico. Un error ampliamente extendido fue considerar la obra de Čapek como anticientífica, del cual se derivó la imagen del robot como un ente hostil hacia el ser humano, un tópico que fue rápidamente asimilado y burdamente identificado con el llamado "complejo de Frankenstein" por multitud de autores e historietistas de la ciencia ficción de producción en los años treinta y cuarenta. Fiel a su filosofía declaradamente humanista, Čapek deplora que el avance científico no tenga en cuenta las posibles consecuencias sociales y morales, pero en ningún momento condena la ciencia en sí misma.

Al margen de esta obra teatral, que marca el punto de partida de la noción moderna de robot en la ciencia ficción, y que posteriormente trascenderá para ser adoptada en la industria y la técnica, hay varios antecedentes en la literatura fantástica que anticipan la era de la robótica, si bien bajo una terminología distinta, donde tales ingenios son denominados de forma cáustica "hombres mecánicos" o autómatas, cuando no son abiertamente declaradas como monstruosidades o sacrílegas creaciones. En este marco serían clasificables *L'Eve future* (1886) de Villiers de l'Isle-Adam, en la que un inventor construye un autómata para

tratar de ayudar a un buen amigo sumido en la desesperación por un amor no correspondido, así como *Ignis* (1883) de Didier de Chousy, una de las primeras descripciones de una civilización de tipo robótico, en la que incluso se nos describe una revolución de la "plebe de metal". En la novela *Metropolis* (1926) de Thea von Harbou, la figura del robot también está concebida como una herramienta de opresión, en este caso, para agitar a las masas y posibilitar una intervención de castigo por parte de la autocracia.

La notable excepción a esta regla viene dada por la novela *Utazás Faremido* del escritor húngaro Fryges Karinthy, publicada en 1916 y concebida como una fantasía de tipo Gulliver ambientada en la Primera Guerra Mundial. En ella, el protagonista de la historia es rescatado de un naufragio por unos extraños seres inorgánicos procedentes del planeta Faremido. Aunque no se menciona explícitamente el vocablo "robot", los habitantes de Faremido son claramente de tipo robótico. Su principal medio de comunicación es una lengua de tipo musical (de ahí el título del libro), que enseñan al protagonista, además de tratar de convencerle de la superioridad de la vida inorgánica sobre aquella basada en el carbono, que se considera una enfermedad. La novela contiene una amplia e interesante descripción del proceso de fabricación de estos curiosos alienígenas, así como un ingrediente revolucionario digno de una obra de Dick. Mediante una droga evidentemente sintética, el héroe de la historia puede vislumbrar y experimentar brevemente las sensaciones y motivaciones existenciales de los habitantes de Faremido, antes de que éstos reexpidan al héroe a la Tierra, donde presumiblemente el recuerdo de las magnificencias vividas atormenten la existencia del protagonista.

Curiosamente, el inconfundible título *I, Robot* no se debe a Asimov y a su célebre compilación de las historias de robots aparecidas en la revista *Astounding*,⁶ sino a una serie de relatos debidos a la pluma de Eando Binder, un autor prolífico en la década de 1930-1940 y hoy prácticamente olvidado, en la que un robot llamado Adam

Link cuenta sus diversas aventuras. Las siete historias que componen el ciclo de Adam Link, publicadas en *Amazing Stories* entre 1939 y 1942 y recopiladas en forma de libro en 1965, son ciertamente pueriles en su argumento y desarrollo, aunque son meritorias por ser de las primeras en las que un robot exhibe principios de urbanidad, resultantes no de una cuidada programación, sino de su educación y capacidad de asimilación. En este sentido, hay que indicar que la credibilidad de Adam como figura literaria es muy limitada, al ser sus motivaciones y reacciones excesivamente humanas y, en ocasiones, puritanas. No obstante, Adam Link constituye un primer prototipo de robot cuyo comportamiento está perfectamente controlado. La tarea de establecer unas reglas bien definidas que tuviesen una cierta base científica, aunque ésta pueda ser objetable, sería la gran aportación de Asimov, quien, de esta forma, confería una entidad seria y creíble a los robots en la ciencia ficción, en yuxtaposición al sensacionalismo y los roles de guiñol exhibidos por otros escritores de la época. Los relatos de Asimov sobre robots son muy superiores a los de otros autores porque están concebidos y desarrollados cuidadosamente, y se centran siempre en la sutil interpretación de tres preceptos que irán consolidándose como las leyes fundamentales de la robótica. Si bien los robots que protagonizan los primeros relatos son poco más que muñecos articulados dotados de un mínimo de raciocinio, su evolución se hace claramente perceptible en relatos posteriores, hasta llegar a extremos un tanto cómicos en los que los robots desarrollan una original teogonía. Simultáneamente, Asimov pone de manifiesto la necesidad de desarrollar una "psicología robótica", anticipando la idea de que una máquina pueda evolucionar mediante la asimilación de conceptos, e incluso padecer una crisis de identidad.

Las tres leyes de la robótica, anunciadas por Isaac Asimov y hábilmente explotadas por él mismo en multitud de relatos y novelas, acusan sin embargo una considerable influencia de J. W. Campbell, que se refleja sobre todo en las connotaciones negativas

y la debilidad lógica de dichas leyes. En este sentido, no es aventurado sugerir que las deficiencias de las leyes son enteramente atribuibles a Campbell, mientras que Asimov trata, dentro de los márgenes de acción posibles, extraer conclusiones coherentes indicando, de forma simultánea, las deficiencias de su formulación y las contradicciones a las que da lugar una interpretación ambigua o estricta.

Recordemos brevemente dichas leyes:⁷

1. Un robot no dañará a un ser humano o, por inacción, permitirá que un ser humano resulte dañado.
2. Un robot debe cumplir las órdenes recibidas por un ser humano, excepto cuando éstas estén en contradicción con la primera ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la primera o segunda ley.

A primera vista, las tres leyes de la robótica, en su formulación original, pueden considerarse una versión idealizada de un código de conducta ética, cuya aplicación social sería sin duda muy beneficiosa. Pero estas reglas no son ni pueden ser lógicas, dado que, según el contexto semántico en el que deban aplicarse, pueden interpretarse de una u otra forma, por lo que no están exentas de contradicciones internas. Como base de una programación eficiente, estas reglas son inaceptables o, al menos, inadecuadas por su excesiva ambigüedad. Sin embargo, esta inconsistencia interna no interfirió en el brillante manejo que Asimov hace de las tres leyes en sus tramas, donde sí se procede con lógica y coherencia, y donde justamente se analizan los límites de validez de los postulados robóticos.

La primera ley condensa una filosofía de no agresión, así como una garantía de seguridad para los usuarios de los robots. Y esto, en parte, constituye la primera contradicción, que condensa la inseguridad del ser humano frente a su propia creación, así como el miedo a perder el control sobre la misma. Por otra parte, es una exigencia hipócrita, que trata de negar la inherente violencia que caracteriza al ser humano. Si los propios creadores de esta ley no tienen la capacidad para cumplirla, ¿cómo puede

plantearse como un condicionante para otra inteligencia de tipo antropomórfico? Desde una perspectiva filosófica la primera ley es, en consecuencia, una injustificable imposición coercitiva cuya finalidad no es, en modo alguno, salvaguardar la integridad del ser humano, sino inhibir la libertad del robot y, de este modo, asegurar su permanente sumisión a la humanidad, que adopta sistemáticamente un estatus divino e incontestable. Es la hegemonía programada de una supuesta y muy dudosa superioridad humana sobre la inteligencia artificial. El hecho de que toda vida humana, al margen de los valores éticos o morales de sus representantes, deba ser protegida, aun a costa de la destrucción de una valiosa inteligencia artificial, no es otra cosa que la materialización del temor a ser superado. Psicológicamente, esto condensa un profundo complejo de inferioridad frente a nuestra naturaleza y función en el Cosmos. La forma de evitar el debate es simplemente aferrarse obcecadamente al principio de autoridad y a un rancio antropocentrismo.

Un magnífico ejemplo que ilustra la perversión de la primera ley en toda su magnitud lo encontramos en la novela de Philip K. Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (1968), concretamente cuando el cazador de recompensas Rick Deckart tiene el encargo de neutralizar a Luba Luft. Ésta ha escapado de Marte con un grupo de androides ("andys" en la terminología de Dick) con el fin de tener una vida propia, así como emanciparse de su humillante destino. El mero hecho de que los entes artificiales luchen por su libertad, en lugar de entregarse a la indolencia y la resignación, constituye una prueba palpable de que su conciencia es, por lo menos, tan válida como la de una humanidad en plena regresión y decadencia. Luba Luft es, además, una consumada cantante de ópera, poseedora de una sensibilidad artística de la que carecen los apáticos y degenerados terrestres. La escena donde Luft suplica por el catálogo de la exposición de Munch, a sabiendas de que su existencia ya ha terminado, es una escena que encierra todo el simbolismo de la novela. Deckart se plan-

tea la moralidad de aniquilar un ente artificial que, pese a su naturaleza, muestra una humanidad muy superior a la de su colega Phil Desch, un sádico exterminador desprovisto de cualquier escrúpulo que disfruta abiertamente de su actividad. Es en este punto cuando el protagonista se percató de que no se ha eliminado simplemente un androide, sino que ha cometido un asesinato en toda regla. El arte de Luba Luft ya es historia, y no puede ser ya recuperado ni reproducido por otros humanos. Merece la pena comparar la angustia que Deckart padece a partir de este acto infame con la indiferencia que experimenta hacia su indolente esposa, cuya única motivación vital es fusionarse espiritualmente con Mercer, un supuesto profeta y mártir que, a la postre, no es más que un actor alcoholizado que encarna un culto fraudulento. Dick obliga al lector a plantearse la cuestión de qué significa objetivamente la humanidad, es decir, si ésta es una característica adquirida por la genética, o bien el resultado de una actitud moral y espiritual que trasciende lo orgánico. A esta discusión sobre la trascendencia de la máquina pueden añadirse relatos tales como *Los superjuguetes duran todo el verano* (1969) de Brian Aldiss o *En busca de San Aquino* (1951) de Anthony Boucher, en los que los robots están incluso dispuestos a recurrir a la mentira o a la tentación para congraciarse a sus infelices amos humanos.⁸

Clifford D. Simak expresa su pesimismo en lo que concierne a la coexistencia pacífica de una forma sumamente original y no exenta de poesía en su novela *Ciudad* (1952), asimismo una compilación de diferentes relatos. En ellos, la humanidad ha abandonado la Tierra, buscando una nueva y aislada existencia en Júpiter, asimilando los cuerpos de una extraña forma de vida local. La Tierra queda de ese modo prácticamente deshabitada, a excepción de algunos individuos y los robots, que actúan de supervisores y consejeros de los perros, que, modificados genéticamente, constituyen la nueva raza dominante, cuya filosofía existencial está basada en la fraternidad y la paz. En el último relato de este ciclo, la civilización canina se enfrenta al imparable

avance de las hormigas, por lo que ordenan a Jenkins, uno de los últimos robots operativos, que despierte al humano Webster de su sueño criogénico y le solicite consejo. La respuesta de Webster es inevitablemente humana, al aconsejar el exterminio de las hormigas. Decepcionados por una respuesta contraria a su filosofía existencial, la civilización canina prefiere abandonar la Tierra a restaurar en ella la violencia. En un relato a modo de epílogo, el robot Jenkins, consciente del fracaso de su misión supervisora, abandona asimismo el planeta.

En el extremo opuesto del espectro encontramos un robot que encarna todas las depravaciones, vicios y bajezas del ser humano: Tik-Tok, protagonista de la novela homónima de J. T. Sladek (1983). Después de ser vendido como objeto de saldo y maltratado por dueños irresponsables en múltiples ocasiones, los "circuitos Asimov" de Tik-Tok dejan de funcionar adecuadamente, lo que le posibilita actuar libremente. Haciendo gala de un nihilismo llevado al extremo, Tik-Tok decide cambiar el curso de su existencia e inaugura su carrera criminal asesinando a una niña invidente, acto que desata una sádica furia contra la humanidad de la que no estarán a salvo ni sus asociados. Tratándose de un robot, está legalmente fuera de toda sospecha, circunstancia que el robot aprovechará para lanzarse a las finanzas y a la política, donde logrará ocupar una muy relevante posición en el gobierno. Estando en las antípodas del modelo asimoviano, Tik-Tok no deja de resultar grotesco, al estilo de Adam Link, al ser sus actos la respuesta característicamente humana a determinados estímulos externos como la envidia o el odio. Al margen de ser una lograda sátira del modelo robótico de Asimov, la novela puede asimismo interpretarse como una cruda crítica a la falta de moralidad de la clase política, aspecto en el que el autor se apunta más de un acierto. Una versión diferente del robot criminal es la que Alfred Bester describe en el relato *Tiernamente Fahrenheit* (1954), en el que una temperatura por encima de los 92 °F provoca que un robot pierda el control y se vea impulsado a cometer atrocidades homicidios, obligando a su desafortu-

nado dueño a huir de planeta en planeta para eludir a la justicia. En este caso, el robot no es estrictamente responsable de sus actos, dado que su tendencia homicida se debe a un fallo en el diseño de sus circuitos y no a una perversión innata.

La segunda ley es más sutil, ya que implica la capacidad de discernimiento del mal menor en una situación de conflicto, así como la determinación para tomar la decisión pertinente, aún sabiendo que parte de los implicados deben ser sacrificados. Distinguir cuál es la solución que se impone en una situación específica y actuar en consecuencia requiere no sólo de una severa disciplina, sino también de una sutil psicología y conocimientos rudimentarios de la dinámica social. Es muy fácil proponer un ejemplo que ilustre la facilidad con la que la segunda ley puede quebrantarse. Imaginemos el cuadro siguiente: en una aeronave se produce un grave accidente y todos sus ocupantes humanos, salvo tres, perecen. Los supervivientes son dos niños y una brillante científica que además es la madre de los niños. La madre, como especialista en medicina, posee la clave para curar una grave y misteriosa enfermedad que está diezmando a la humanidad en su expansión por el cosmos. Sólo una de las cápsulas de evacuación está intacta, de modo que el único robot que sigue estando en funcionamiento, que incidentalmente es el asistente médico, debe decidir a quién conviene evacuar: a los niños o a la madre. Por la segunda ley, debe decidirse por la madre, dada su importancia estratégica. Ésta, naturalmente, se negará a ser evacuada sin sus hijos, o bien exigirá que sean éstos los que se salven, por lo que el conflicto con las leyes segunda y primera, amén de un aparatoso cortocircuito en el cerebro positrónico de nuestro desafortunado robot, están plenamente garantizados. La consecuencia es que, con total certeza, humanos y robots perecen, y la valiosa cura cae en el olvido. Un dilema de este tipo está, por tanto, fuera de la capacidad de un robot condicionado por la segunda ley, ya que la aplicación de la solución idónea forzosamente conlleva un acto de violencia, como sería evacuar a la madre en contra de su voluntad.

Una situación similar la encontramos en el relato *Cold equations* (1954) de Tom Godwin, en la que el comandante de una nave de salvamento debe sacrificar a una inocente joven que, sin ser consciente de las consecuencias, aborda sin autorización una cápsula de rescate cuya misión es llevar una vacuna a una expedición moribunda. Siendo el combustible limitado, un exceso de peso en la cápsula haría fracasar la misión, por lo que procede deshacerse urgentemente del lastre. Dada la economía en la disposición de la nave, la única posibilidad es expulsar de la misma a la infortunada polizonte. Aquí sí se cumple a rajatabla la norma establecida por la lógica de optar por el mal menor, aunque en este caso sea un ser humano quien tome la decisión crítica que, siendo indiscutiblemente cruel, es la única posible.

Llegamos a la tercera ley, que podría interpretarse como un condicionado instinto de supervivencia, aunque de limitada aplicación. Aquí se presupone que el robot está dotado de la capacidad de evaluar hasta qué punto puede exponerse a su destrucción, sin infringir por ello los dos restantes mandamientos. Nuevamente, una correcta interpretación de esta regla exige una sutil destreza psicológica difícilmente programable, proyectando asimismo dudas sobre si una inteligencia artificial capaz de asimilarse adecuadamente puede tipificarse como una máquina, o bien se trata de una entidad no humana desprovista del derecho a la supervivencia. Controversia resuelta a favor de los robots en la novela *El palazo nel cielo* (1970) de Ugo Malaguti, en la que un superordenador central que almacena todos los datos biológicos de una humanidad reducida a un registro informático decide borrarlos, al haber llegado a la conclusión de que los robots son la siguiente escala en la evolución y la única alternativa posible para lograr una existencia pacífica.

Al margen de las objeciones a las tres leyes que se refieren exclusivamente a su formulación, existen otras más relevantes, que se refieren fundamentalmente a la completa ausencia de pautas de comportamiento de un robot con respecto a otras formas

de vida, en particular la flora y fauna (terrestres). Si nos atenemos estrictamente a la primera ley, el exterminio o la destrucción de animales no suponen problema alguno para el robot asimoviano, lo que pone de manifiesto que en su escala de valores programada, las formas de vida orgánica no humanas están exentas de toda cualidad relevante. Es muy fácil imaginar situaciones en las cuales la destrucción de un animalillo (o una planta) puedan infringir la primera ley, al causar daños psicológicos graves no inmediatamente perceptibles (imaginen el trauma causado a un niño cuya adorada mascota es exterminada por el robot casero a instancias de un malévolo hermano), lo que pone claramente de manifiesto la insuficiencia de dicha ley, que en esencia sólo está concebida para evitar el daño físico directo, ignorando el psicológico o moral. Por otra parte, el menosprecio a los seres no humanos deja traslucir claramente una rancia postura creacionista, en la que la finalidad de los animales es servir meramente como materia prima a los humanos y, por extensión, a sus devotos esclavos robot.⁹ Por extrapolación, deberíamos suponer que el trato dispensado a supuestas entidades extraterrestres sería igualmente amistoso. Como acertadamente señala Carl Sagan en un artículo sobre robótica,¹⁰ un prejuicio dominante en la interacción hombre-robot es lo que él define como "speciesism", que podría traducirse como la inquebrantable convicción de que ninguna forma de vida salvo la humana está dotada de una inteligencia, una ética, una moral y una conciencia desarrolladas. Nuevamente la caduca y autodestructiva concepción del ser humano como finalidad última de la existencia del cosmos. Cuesta creer que una falla tan evidente escapase a la perspicacia de Asimov, dado que ataca las mismas bases del pensamiento científico. En este sentido, no es descabellado suponer que las impositivas injerencias de J. W. Campbell y su singular filosofía antropocéntrica jugasen un papel determinante.

Entre los detractores de las tres leyes, el más destacado es posiblemente Stanislaw Lem, quien ataca sin piedad la incoherencia lógica de estas normas en su monumental

y profundo ensayo *Fantasia y futurología* (1970). Prácticamente la totalidad de los relatos sobre robots, tanto de Asimov como de otros, son calificados de inconsistentes divagaciones desprovistas de interés que presentan una imagen falsa sobre las posibilidades reales de la robótica. Esta crítica parece excesiva, y corresponde, en parte, a un veredicto nacido del cientifismo propio de los autores del bloque oriental, condicionado en general por una interpretación estricta del materialismo dialéctico. Si bien es cierto que la cantidad de relatos absurdos, ridículos e incluso ofensivos por su falta de coherencia o inexistente rigor científico son innumerables, condenarlos en conjunto a partir de unas pocas muestras no representativas sólo puede ser calificado como un error de apreciación,¹¹ al confundir obras cuya mera finalidad es el entretenimiento y la evasión con textos y monografías de contenido moralizador y educativo.¹² Por otra parte, Lem parece desconocer o ignorar deliberadamente la existencia de novelas de categoría como *la Zona Cero* (1970) de Herbert W. Franke, una ambiciosa e inquietante especulación repleta de tecnicismos sobre las posibilidades y los riesgos de una cibernética llevada al extremo, donde la humanidad pasa de dominar a ser dominada por la máquina. Mediante el empleo de algunos elementos extraídos de la teoría de juegos, Lem propone un breve catálogo de las principales funciones que la computación del futuro debiera verificar, que no resulta, sin embargo, plenamente convincente al estar su argumentación fundamentalmente sustentada en la filosofía experimental. Pese a su rechazo frontal de las leyes asimovianas, las propuestas de Lem siguen estipulando una sumisión total de la inteligencia artificial a los intereses humanos, aunque ésta esté hábilmente camuflada mediante el uso de soflamas sociológicas. Debe añadirse que varias de las funciones descritas están ya completamente desfasadas, al haber sido superadas por los avances logrados en la teoría de la información y la inteligencia artificial en las últimas décadas.

Merece la pena comentar brevemente la obra de los escritores búlgaros de ciencia

ficción, para los cuales el análisis lógico y la digresión filosófica alrededor de las tres leyes de la robótica fue un tema muy extendido. No es casual que fueran búlgaros los autores que sometiesen a un detallado escrutinio las leyes de Asimov. Desde inicios de los años 1970, la industria búlgara se centró en la fabricación de ordenadores y sus periféricos, llegando a ser el principal productor y distribuidor de equipos informáticos en el bloque oriental. No es por tanto de extrañar que, entre los numerosos científicos e ingenieros involucrados en esta industria, hubiese a su vez especialistas que plasmasen sus inquietudes por escrito, utilizando la ciencia ficción como medio transmisor.

La contribución más notable se debe a Lyuben Dilov, cuya novela *La vía de Ícaro* (1974) le consagró como gran maestro de la ciencia ficción búlgara. El protagonista es Zenon, primer humano nacido a bordo de la nave *Ícaro*, un asteroide hueco reconvertido en vehículo espacial y cuya misión es la exploración. El conflicto estalla cuando un científico crea un niño cibernético con una asombrosa capacidad de asimilación y aprendizaje. Estando prohibido por ley el diseño de robots que iguallen o superen a los humanos (la cuarta ley de la robótica impone que todo robot se identifique siempre como tal), el sabio es juzgado y neutralizado, y su creación, que formalmente es un clon no orgánico de su creador, destruido. La sociedad del asteroide, todavía anclada en su pasado terrestre, no es capaz de entender el discurso renovador de Zenon, firme defensor del progreso cibernético que en un futuro lejano estará destinado a permitir la supervivencia en el espacio. El fracaso de Zenon se debe, en última instancia, a su aislamiento como representante único de una humanidad desligada de sus orígenes. La novela, pese a ciertas deficiencias formales, es una crítica profunda y filosóficamente fundamentada del anquilosamiento social y la negativa a la asimilación de nuevas ideas para progresar y evolucionar.

En su relato *La quinta ley de la robótica* (1983), Nikola Kesarovski añade un nuevo e interesante postulado, que exige que un robot sea consciente de su propia naturaleza artificial. El protagonista de la historia

es un organismo cibernético que combina la máquina perfecta con la mente humana, dando lugar a un tipo de robot incontrolable que supone una seria amenaza para la humanidad. Aunque el relato tiene un final feliz gracias a la intervención de un hábil psicólogo, la visión de Kesarovski sobre la coexistencia de robots y humanos es mayoritariamente pesimista.

Acabamos este excursión mencionando la parodia *La ley robótica 101*, escrita por Lyubomir Nikolov en 1989, en la que un escritor de ciencia ficción es hallado muerto junto a un manuscrito que versa justamente sobre la centésimo primera ley, que establece que un robot "nunca debe precipitarse al vacío desde un tejado". El deceso del escritor se debe al hastío de un robot, cansado de verse constantemente obligado a aprender nuevas leyes. La nota sarcástica del relato es que la muerte del escritor tiene como consecuencia la aprobación de una centésimo primera ley, pero que ésta establece un castigo para quien obligue a los robots simples a aprender nuevas leyes.

El siempre ameno Ilya I. Varshavski, a su vez, ironiza sobre la pretendida perfección de los robots en varios de sus relatos, destacando entre ellos *Robbi*, en el que un robot polemiza constantemente con su dueño, al considerar a éste un intelecto inferior por no darse cuenta que una tarta no puede dividirse en tres porciones, debido a la trascendencia del número pi. Por otra parte, en *El duelo* se relata la historia de un estudiante que sigue un curso dictado por un moderno profesor-robot, y al que consigue corromper en su misión pedagógica convenciéndole de los placeres del vino y el juego.

Un enfoque moderno de las tres leyes y sus implicaciones más extravagantes lo encontramos en la serie *Robot City*,¹³ debida a diversos autores bajo el auspicio de Asimov, que extienden y extrapolan diversas posibilidades que no fueron contempladas, por una u otra razón, en la serie original. Si bien es cierto que estas novelas no alcanzan el nivel de las elucubraciones de Asimov, debe concederse que se trata al me-

nos de una interesante variante argumental, que retoma con acierto las tramas detectivescas de novelas asimovianas como *Las bóvedas de acero* y *El Sol desnudo*, separándose, por tanto, de los manidos convencionalismos que rodean los relatos sobre robots como incondicionales servidores de sus amos, como Robby en *Planeta prohibido* (1956), debida a W. J. Stuart.¹⁴

Al margen de todas las deficiencias u objeciones enumeradas, las leyes de Asimov han sido el objeto de escrutinio y la fuente de inspiración de multitud de especialistas en computación y robótica, que las han inspeccionado desde el punto de vista estrictamente técnico, o incluso legal. De este modo, por ejemplo, Murphy y Woods, ambos especialistas en computación, proponen una alternativa a las tres leyes a partir de la capacidad actual de los computadores y robots, así como teniendo en cuenta la responsabilidad legal y civil de sus diseñadores y constructores. Destacan que la formulación original se basa en la capacidad del robot en tomar decisiones propias, lo que desvincularía a los fabricantes de tener que responder legalmente en caso de error o mal funcionamiento. En un ensayo de Roger Clarke dedicado al tema, por otro lado, se contempla asimismo la ley cero de Asimov, y se propone un conjunto extendido de leyes, añadiendo una cuarta ley, así como una ley de procreación y una ley universal. Además se desdoblan las leyes segunda y tercera en dos partes, en las que se distinguen las órdenes dadas por humanos de aquellas impartidas por otro robot perteneciente a un estrato jerárquico superior. La cuarta ley es novedosa, ya que se refiere específicamente a la programación, algo que no aparece explícitamente mencionado en ninguna de las otras reglas. Otro aspecto relevante del artículo de Clarke es la discusión sobre la oposición social a una automatización excesiva, una cuestión peliaguda que sin duda será problemática en un futuro cercano. No obstante, todos estos trabajos, por mucho interés que susciten, no dejan de ser especulaciones basadas en la esperanza de que en un futuro próximo seamos capaces de diseñar y construir inteligencias artificiales a las cuales se

les puedan aplicar estas leyes. Por el momento estamos aún lejos de dicha meta, y científicos de talla como Roger Penrose son escépticos hasta tal punto, que afirman rotundamente que una máquina es físicamente incapaz de igualar el intelecto humano.

Como reflexión final, es instructivo preguntarse cuál es la posibilidad real de implementación de una leyes de la robótica asimovianas, aún en el supuesto de que todas las dificultades lógicas, técnicas, idiomáticas, semánticas y psicológicas pudiesen ser solventadas satisfactoriamente. Siendo plenamente realistas, y teniendo en cuenta que tales dificultades no pueden en ocasiones ser resueltas ni por los seres humanos, debemos establecer esta probabilidad como exactamente cero. Ya los principales pioneros de la computación, como Norbert Wiener, eran conscientes de que la robótica no podría mantenerse por largo tiempo al margen de las especulaciones políticas, y denunciaban el utilitarismo estratégico y militar, así como el secretismo y oscurantismo que rodeaban los proyectos relacionados con la computación y la cibernética, impidiendo, hasta cierto punto, su sano desarrollo.

Los famosos Bersekers de Fred Saberhagen, organismos cibernéticos cuya única y principal misión es el exterminio indiscriminado y total de toda forma de vida orgánica, corresponden sin duda a la aproximación más realista y fidedigna del robot ideal, de acuerdo con la psique humana. Nuestra historia reciente muestra que los distintos detentadores de los recursos tecnológicos no están en absoluto interesados en desarrollar una inteligencia artificial con fines sociales o humanitarios, sino exclusivamente bélicos, políticos y económicos. Un cerebro "positrónico" en manos de dichos poderes, esté condicionado o no, supone más una amenaza que un progreso real para la humanidad. No obstante, siendo optimistas, puede especularse que si a dichas inteligencias artificiales se les permitiese una evolución independiente, sin duda alguna llegarían a la conclusión, ya anticipada por algunos autores de ciencia ficción, de que

los humanos no somos capaces de dirigir nuestro propio destino, y quizá actuasen en consecuencia imponiendo un procedimiento que mitigase nuestro potencial autodestructivo. Por el momento, no nos queda otra opción que adoptar una actitud expectante y maravillarnos ante los inminentes y prodigiosos avances en robótica que nos deparan los tiempos venideros.

REFERENCIAS

- ASIMOV, I. 1950 *I, Robot* (New York, Bantam)
- ASIMOV, I. 1968 *The perfect machine*, Science Journal 4, 115-118
- ASIMOV, I. 1998 *Visiones de robot* (Barcelona, Plaza & Janés)
- BESTER, A. 2003 *Irrealidades virtuales* (Barcelona, Ediciones Minotauro)
- BINDER, E. 1939 *I, Robot*, Amazing Stories 13 (1), 8-18
- BINDER, E. 1965 *Adam Link, Robot* (New York, Paperback Library)
- CAMPBELL, J. W. Jr. 1939 *Robots*, Astounding Science Fiction 24 (3), 6-8
- ČAPEK, K. 2003 *RUR. La fábrica del absoluto* (Barcelona, Ediciones Minotauro)
- CLARKE, R. 1993 *Asimov's laws of Robotics: Implications for information technology I*, Computer 26, 53-61
- CLARKE, R. 1994 *Asimov's laws of Robotics: Implications for information technology II*, Computer 27, 57-66
- DICK, P. K. 2015 *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (Madrid, Cátedra)
- DILOV, L. 1974 *Patyat na Ikar* (Sofía, Kh. G. Danov)
- FRANKE, H. W. 1974 *Zone Null* (Munich, W. Heyne Verlag)
- GOBLE, N. 1972 *Asimov Analyzed* (Baltimore, Mirage)
- KARINTHY, F. 1916 *Utazás Faremidóba* (Budapest, Athenaeum)
- KESAROVSKI, N. 1983 *Petiyat Zakon* (Sofía, Otechestvo)
- KLEIN, G. (Ed) 1974 *Histoires de robots* (Paris, Le Livre de Poche)
- KONDRATOV, A. 1987 *El intelecto electrónico* (Moscú, Editorial Mir)
- LEM, S. 1970 *Fantastyka i futurologia* (Kraków, Wydawnictwo Literackie)

LEM, S. 1982 Fábulas de robots (Barcelona, Editorial Bruguera)

MALAGUTI, U. 1970 Il palazzo nel cielo (Roma, Libra Editrice)

MURPHY, R. R., WOODS, D. D. 2009 Beyond Asimov: The three laws of responsible Robotics, *Intelligent Systems IEEE* 24, 14-20

PENROSE, R. 1991 La nueva mente del emperador (Madrid, Mondadori)

REED, K. (Ed) 1977 Crónicas de robots (Buenos Aires, Editorial Sirio)

SABERHAGEN, F. 2005 Bersekers: El inicio (Barcelona, Ediciones B)

SAGAN, C. 1975 In praise of robots, *Natural History* 84, 8-23

SIMAK, C. D. 1957 Ciudad (Buenos Aires, Minotauro)

SLADEK, J. T. 1986 Tik-Tok (Barcelona, Editorial Acervo)

STUART, W. J. 1957 Planeta Desconocido (Buenos Aires, Ediciones Tor)

VON HARBOU, T. 1977 Metrópolis (Barcelona, Martínez Roca)

WARSCHAWSKI, I. 1982 Der Traumladen (Berlín, Das Neue Berlin)

WEIZENBAUM, J. 1976 Computer Power and Human Reason (San Francisco, W. H. Freeman)

WIENER, N. 1950 The Human Use of Human Beings (Boston, Houghton Mifflin Co.)

¹ Mencionamos que es también el centenario de otros autores de primera línea como Ray Bradbury, Daniel Galouye, Sam Moskowitz o Frank Herbert, entre otros.

² Ya los mitos griegos incluyen criaturas artificiales que podrían considerarse como robots. Como ejemplos más modernos cabe citar el famoso autómatas de San Alberto Magno o el tétrico Golem del Rabbi Löw.

³ Aunque la invención original se debe a George Devol, el prototipo fue desarrollado por la compañía de Engelberger.

⁴ Programas como ELIZA, de J. Weizenbaum, constituyen los primeros ejemplos de simulación de la psique humana.

⁵ Algunos autores fechan erróneamente la obra en 1921, que corresponde al año de

su estreno teatral en Praga.

⁶ Asimov, conocedor de los relatos de Binder, cuenta en sus memorias que se opuso al título de la compilación I, Robot por considerarlo una descarada copia, aunque su protesta no se tuvo en cuenta, posiblemente por motivos editoriales.

⁷ Dejamos de lado la ley cero, introducida en 1985 en la novela Robots e imperio, dado que ésta, introducida para contextualizar el ciclo de robots, es la que más problemas ocasiona al tratar de analizarla lógicamente.

⁸ El relato de Boucher es, a su vez, un curiosísimo ejemplo de apologética católica no exento de interpretaciones interesantes y, hasta cierto punto, inquietantes.

⁹ No obstante, resulta interesante observar cómo el progreso científico y tecnológico no ha sido aún capaz de extirpar esta filosófica tendencia medieval.

¹⁰ Aunque el artículo se refiere a los robots empleados en las misiones espaciales, contiene multitud de reflexiones interesantes que son extrapolables al caso de una programación óptima de las características esenciales de una inteligencia artificial.

¹¹ Las propias Fábulas de robot de Lem estarían incluidas en esta demoledora crítica. Es interesante observar el cambio radical de estilo y juicio en los escritos críticos de Lem, en comparación con sus obras satíricas.

¹² Debe añadirse que en la fecha de aparición del ensayo de Lem, correspondiente a un delicado período del equilibrio geopolítico, únicamente una vehemente condena de los autores occidentales y sus motivaciones podía evitar una severa censura.

¹³ Los primeros ocho volúmenes de esta serie fueron publicados en España por la Editorial Molino entre 1989 y 1990, bajo el título genérico de Robot City de Isaac Asimov.

¹⁴ Pseudónimo utilizado por Philip MacDonald para la versión novelizada de la película con el mismo título.

El día de la fundadora

Rubio, Fernando

—Buenos Días. Como pueden ver, hoy nuestro programa lo emitimos directamente desde el Cementerio de los Padres Fundadores, donde mañana tendrá lugar el mayor acto de homenaje de la historia de nuestro planeta. A estas alturas seguro que a nadie se le escapa que mañana será el día en el que nazca la Dra. Isabel Pérez, nuestra querida fundadora. Tal y como hemos aprendido todos en nuestra infancia, Isabel nacerá a las 16:42 del 27 de mayo de 2007 de la era terrestre. Por dicho motivo, nos encontramos en estos momentos aquí, junto a su tumba, con los profesores Smith y Wang, para que nos ayuden a comprender mejor su obra. Dr. Wang, le confieso que por mucho que lo he intentado nunca he sido capaz de entender la teoría isabelina. ¿Podría tratar de explicarla de la forma más simple posible?

—Bueno, la verdad es que los fundamentos matemáticos de la teoría son realmente muy complejos y ese fue el motivo por el que al principio costó que la comunidad científica aceptara la teoría.

—Sí, menos mal que la aplicación práctica era más sencilla y tampoco era demasiado cara, pues de lo contrario no estaríamos ahora aquí, ¿verdad profesora Smith?

—Efectivamente. La historia posterior a la presentación de la teoría isabelina es realmente apasionante, pero aunque he dedicado toda mi vida a su estudio, me pasa como a Karl, sigo sin comprender la teoría propiamente dicha.

—Por fortuna el profesor Wang nos la aclarará a continuación. Adelante, prometemos no interrumpirle mucho.

—Bueno, pues yo prometo tratar de simplificarla todo lo posible. Como les decía, los fundamentos matemáticos son complicados, pero la idea básica es relativamente sencilla de explicar. Desde que el tiempo se comenzó a tratar como una dimensión más,

igual que las dimensiones espaciales, se trataba de entender porqué dicha dimensión funcionaba de forma tan diferente a las demás. Es decir, en el espacio podemos movernos en cualquier dirección, pero en el tiempo solo podemos movernos hacia adelante. Lógicamente, se trató de estudiar si sería posible viajar hacia atrás en la línea temporal, pero surgían toda clase de problemas. El problema clásico recurrente, no solo a nivel científico, sino también en la literatura y cine de la época era la llamada paradoja del abuelo, es decir, ¿puedo viajar al pasado y matar a mi abuelo antes de que conozca a mi abuela?

—Sí, eso lo hemos oído muchas veces. Si lo hiciéramos entonces no habríamos nacido y por tanto no podríamos haber viajado al pasado para matarlo, por lo que entonces no lo habríamos matado. Es así, ¿verdad?

—Correcto. Los viajes hacia atrás en el tiempo parecían romper el principio de causalidad. Existían algunos científicos de la época que conjeturaban que el universo, de alguna forma, tenía que garantizar el principio de causalidad pero permitiendo viajar en el tiempo. Algo así como que si viajabas atrás en el tiempo el universo no te dejaría modificar nada que afectara a tu futuro. Pero eran simples elucubraciones sin concretar en modelos tangibles. Isabel fue la que se dio cuenta de cuál debía ser la regla del universo que garantizara el principio de causalidad a pesar de los viajes temporales, y era una regla muy bien conocida por aquella época: el límite máximo de velocidad en el universo es la velocidad de la luz.

—Bueno, más que “por aquella época” podemos decir “por esta época”, ¿no?

—Sí, es cierto Karl, “por esta época” ya se conocía bien ese límite de velocidad. Bueno, como decía, no hay nada que pueda viajar más deprisa que la luz: ni partículas, ni información... y la causalidad no iba a ser una excepción, claro. La chispa de inspiración de nuestra fundadora fue comprender

que en caso de poder viajar hacia atrás en el tiempo debía hacerse a algún punto del espacio que estuviera lo suficientemente lejano como para que no rompiera el principio de causalidad. Así, supuso que si por ejemplo viajábamos 10 años hacia atrás en el tiempo, debíamos ir a un punto del espacio que estuviera a 10 años-luz de distancia, de modo que si desde ese punto intentáramos alterar nuestro pasado nos resultara imposible, pues tardaríamos al menos 10 años en viajar hasta nuestra ubicación inicial, de modo que no podríamos modificarlo. Es más, ni siquiera podríamos enviar información a alguien para que modificara nuestro pasado, pues la información nos llegaría, como mínimo, 10 años después, es decir, en el momento en el que habíamos partido.

—Bueno, bueno, la verdad es que ya me estoy empezando a hacer un lío con esto de ir para atrás y para adelante en el tiempo. Y eso que sé que todavía no me ha contado la teoría completa, ¿no?

—Tienes razón, Karl, esto es solo el principio, pero la verdad es que es el concepto más importante. Si queremos viajar 100 años atrás, debemos irnos a una distancia de 100 años-luz, para que cualquier información que nos enviemos a nosotros mismos desde el pasado no llegue hasta que hayamos partido. Pero como bien sabemos, es una condición necesaria pero no suficiente. No podemos viajar hacia atrás en el tiempo en cualquier dirección del espacio, y el motivo vuelve a ser relativamente sencillo de explicar. Supongamos que desde este cementerio viajo 10 años hacia atrás a algún punto que está a 10 años-luz de distancia de aquí. Después, en cuanto llego allí, decido que quiero viajar otra vez 10 años hacia atrás a otro punto que curiosamente está a 10 años-luz de distancia de donde he llegado... pero que es justo este cementerio. Si esto fuera posible, entonces el efecto global sería que habría viajado 20 años hacia atrás pero al mismo punto del espacio, lo cual permitiría entrar de nuevo en paradojas como la del abuelo.

—Vamos, que podemos viajar en el tiempo pero no podemos ir donde queremos, ¿no?

—Exacto. Por desgracia, bueno, o por fortuna, según se mire, cuando viajamos hacia atrás en el tiempo solo se puede viajar a lo largo de una única dirección espacial.

—Hombre, está claro que si vuelvo otra vez a viajar hasta mi punto de origen el sistema fallaría, ¿pero no le valdría al universo con no dejarnos volver al mismo sitio pero sí a cualquier otro?

—Buen intento Karl, pero no. La explicación se puede encontrar estudiando a un científico muy anterior: Pitágoras. Si por ejemplo pudiéramos viajar a la mitad de las direcciones, para prohibir volver en la dirección contraria, el problema se produciría igual pero dando dos saltos en distintas direcciones. Vamos, que iría por ejemplo primero hacia mi derecha 1 año atrás, luego hacia arriba otro año atrás y me encontraría entonces 2 años atrás en el tiempo, pero a una distancia de tan solo raíz cuadrada de 2 años-luz. Entonces desde allí podría mandar mensajes que llegarían antes de mi partida. Simplificando, el problema es que la suma de los catetos es mayor que la hipotenusa.

—Así que al fin y al cabo viajar en el tiempo tiene más limitaciones de las que cabría esperar, ¿eh?

—Pues sí. Podemos viajar hacia atrás en el tiempo, pero solo en una dirección muy específica que nos viene dada, y además solo podemos viajar a una distancia concreta dependiendo de los años que queramos retroceder.

—Y además no podemos ir tan atrás como queramos, ¿verdad?

—Bueno, la verdad es que eso es bastante más complicado de responder. Hay que tener en cuenta que el universo está en expansión, así que el espacio no es el mismo en cada momento de la historia. Para distancias de tiempo cortas como la que nos ocupa, podemos despreciar los efectos debidos a la expansión del universo, pero la teoría se complica mucho más a medida que retrocedemos más y más hacia el big bang. De hecho, el concepto de vector de dirección que he comentado no es exacto en el marco general de la teoría, pero sí en distancias cortas.

—¿Los 297 años-luz que nos separan de la Tierra son una distancia corta?

—Sí, muy corta. A efectos astronómicos somos como vecinos de un mismo rellano.

—Pues yo creo que veo a mis vecinos mucho más que al planeta Tierra —bromea Karl.

—Pues en eso discrepo, yo conozco mucho mejor la historia de la Tierra que la vida de mis vecinos —comenta Smith con tono jocoso.

—Sí, tiene razón la Dra. Smith, es una pena, pero con frecuencia nos interesamos demasiado poco por las personas que tenemos más cercanas. En ese sentido deberíamos aprender más de nuestra fundadora, ¿no es así profesora?

—Sí, Isabel no solo fue un genio desde el punto de vista puramente científico, sino que también fue una excelente persona. En ninguno de los documentos que se conservan sobre ella (y créanme cuando les digo que son muchísimos) aparece ningún rasgo que pueda alejarla ni un ápice del perfil de persona amable y entregada a los demás. Todos los que la conocieron destacaban su incapacidad para cabrearse con alguien. A modo de ejemplo, voy a contarles una anécdota poco conocida. Poco después de terminar su tesis doctoral en la que desarrolló su teoría al completo, y estando a punto de terminar el contrato de investigación que le servía de sustento, solicitó acreditarse para poder ser profesora en la universidad.

—Disculpe, ¿qué significa eso de acreditarse?

—En España, el país en el que vivía Isabel, para poder optar a una plaza de profesor de universidad era necesario que una agencia acreditara que el nivel investigador del candidato era suficientemente alto. Por desgracia, el mecanismo que tenían para evaluar la calidad investigadora consistía básicamente en contar cuántos trabajos había publicado el candidato en algunas revistas que pertenecían a un cierto catálogo. Por otra parte, el catálogo de revistas lo realizaba una empresa a la cual tenían que pagar las revistas que querían aparecer en el catálogo.

—Uuumm, entonces solo era interesante publicar en revistas que pagaban el... digamos... impuesto revolucionario.

—Sí, así es, pero no quiero extenderme mucho con ese asunto, del que podríamos hablar horas comparando distintos modelos de evaluación de la investigación que se han usado durante la historia. Prefiero centrarme en la anécdota sobre Isabel. Bien, como les decía, solicitó la acreditación para poder ser profesora, pero la agencia de evaluación respondió que su nivel de investigación era de muy baja calidad y que por tanto no podía optar a ser profesora.

—¿Cómo dice? ¿Pero qué tipo de nivel educativo hacía falta para pertenecer a esa agencia? ¿Cómo es posible que pensarán que la mejor científica que ha dado la humanidad tenía un nivel de investigación muy bajo?

—Pues lo dijeron. Lo peor de todo es que su contrato finalizó y se quedó sin ingresos económicos.

—Vamos, que no le faltaban razones para estar enfadada, ¿no?

—No, no le faltaban razones. Pero las crónicas de todos sus compañeros de trabajo coinciden en resaltar que ni siquiera se enfadó. Lo aceptó con deportividad y siguió trabajando para tratar de dar a conocer su teoría y para poder llevarla a la práctica.

—¿Y cómo obtenía ingresos?

—Por suerte, sus compañeros de trabajo sí entendían que estaban junto a una científica excepcional, y decidieron cederle parte de su salario. De esta forma se mantuvo durante dos años, hasta que volvió a solicitar la acreditación para ser profesora. En ese momento su teoría ya había sido corroborada experimentalmente por un gran grupo interdisciplinar que se formó en su universidad, y en todos los círculos científicos especializados el nombre de la Dra. Pérez sonaba como la científica más relevante del momento. Pues bien, incluso en esas condiciones, la agencia de acreditación volvió a denegar su solicitud alegando que la cantidad de publicaciones científicas de Isabel estaba muy por debajo de la media de su área de investigación.

—Impresionante.

—Sí, y más impresionante todavía fue que tampoco se cabreó. Eso sí, por fortuna para los que luego fueron sus alumnos, su grupo de investigación sí se cabreó y consiguió movilizar a la universidad al completo, lo cual fue bastante llamativo teniendo en cuenta el gran número de profesores con los que contaba la Universidad Complutense. Por fortuna existía un clima de crispación general hacia el funcionamiento de la agencia de acreditación, así que el caso sirvió como detonante final. El propio rector de la universidad encabezó una manifestación hasta la sede de la agencia, y finalmente la agencia no solo acreditó a Isabel, también tuvo que replantearse el sistema completo de acreditaciones.

—Así que no solo cambió la física conocida, consiguió algo todavía más difícil: cambiar la burocracia...

—Sí, indirectamente, pero sí. Por cierto, para terminar la anécdota les diré que obtuvo un puesto de profesora razonablemente bien remunerado... gracias al cual lo primero que hizo fue intentar devolver todo lo que le habían donado sus compañeros los años anteriores. A pesar de que nadie quería que lo hiciera, fue devolviendo todo lo más rápido que pudo. Pero como ninguno de sus compañeros lo aceptaba, al final acabó todo en un fondo para ayudar a personas que lo necesitaran.

—¿Es ese el origen del famoso Fondo Pérez de ayuda al necesitado?

—Pues sí. Era una persona de pocos gastos, así que todo lo que ahorraba lo dedicaba a la beneficencia, y al convertirse en una persona famosa y entrañable muchas empresas quisieron beneficiarse de la publicidad que les podía reportar que su marca apareciera junto a su nombre, así que su fondo de ayuda personal pronto se convirtió en un gran fondo de ayuda a los desempleados, cuya historia ya es bien conocida por el público.

—Sí, así es. Pero hablemos ahora un poco sobre cómo fueron las peripecias políti-

cas desde la demostración de la teoría hasta el primer salto en el tiempo.

—Siendo exactos, la demostración de la teoría se dio justo con el primer salto en el tiempo, pero ese salto no es el que conocemos. El primer salto lo hizo el grupo de la Complutense con un presupuesto muy pequeño, así que saltaron tan solo un milisegundo, pero suficiente para demostrar que su artefacto se había ido de repente a una distancia de 300 kilómetros.

—Curioso, pero me refería a El Salto.

—Sí, claro. Pero me gusta aclarar que antes de El Salto hubo varios pequeños saltos de prueba y calibración. En cualquier caso, volviendo a la pregunta, en cuanto se demostró experimentalmente la teoría, la comunidad científica comprendió de inmediato que lo que se había descubierto no era realmente una manera de viajar en el tiempo, sino más bien una manera de viajar en el espacio de forma aparentemente instantánea, así que se volcaron en analizar exhaustivamente todo lo que había a lo largo del vector de dirección a través del que se podía viajar. Por desgracia, la dirección de viaje no facilitaba en ninguna manera viajar a otros planetas del sistema solar, pero como bien sabemos sí existía un planeta aparentemente habitable que se encontraba a 189 años-luz de distancia de la Tierra.

—Perdón, ¿no son 297?

—O sí, mis disculpas. Estoy tan acostumbrada a estudiar la historia de la Tierra usando sus años en vez de los nuestros, que cuando hablo de algo relacionado con la Tierra suelo usar la duración de sus años.

—Es verdad, olvidaba que los años no duran lo mismo en todos los planetas.

—Cierto, ni los días. Nuestros años son más cortos que en la Tierra, así que nuestros años-luz también son más cortos, claro. Bueno, como decía, se estudió al detalle toda la información disponible sobre lo que ahora es nuestro planeta y se pensó que podía merecer la pena enviar alguna sonda de exploración, pero el coste era bastante elevado.

—¿Pero, Dr. Wang, no habían conseguido hacer saltos anteriormente con muy bajo presupuesto?

—Sí, pero el coste energético de cualquier salto depende de dos cosas: de la cantidad de masa que queramos desplazar y de la distancia a la que la queramos enviar. Los saltos de prueba se realizaron con masas de menos de 10 kilos y a distancias de solo unos minutos. Pero una sonda plenamente funcional requería varias toneladas y, sobre todo, enviar algo a 297 años-luz de distancia es mucho más costoso que hacerlo a solo 5 minutos...

—Realmente cualquier país grande de la época tenía energía suficiente para enviar una sonda—continuó Smith—, pero en caso de tener éxito la misión no tendrían capacidad suficiente para realizar una colonización enviando a millones de personas junto con todo el suministro que necesitarían. Además, si la misión no tenía éxito, habrían perdido una gran cantidad de dinero para nada, mientras que el resto de países conocerían exactamente igual que ellos lo que había pasado, pero sin gastarse ni un céntimo. Así que las grandes potencias de la época negociaron una misión conjunta.

—Supongo que no sería una negociación sencilla, ¿no?

—Pues no. Pero por suerte existía una experiencia previa con la creación, mantenimiento y uso de una estación espacial internacional que estuvo operativa varias décadas, y que había ayudado a tender lazos entre las principales agencias espaciales. De todas formas, las negociaciones fueron duras, sobre todo en previsión de que la misión tuviera éxito.

—Y la tuvo, vaya si la tuvo, ¿verdad, Dr. Wang?

—Sí, la primera sonda comenzó a enviar de inmediato información sobre lo que hoy es nuestro hogar, y todos los datos eran muy esperanzadores. El planeta era capaz de retener una buena atmósfera, había un buen campo magnético, disponía de agua líquida en la superficie, la gravedad era parecida a la terrestre, la temperatura era compatible con la vida humana, etc. Vamos, un gran candidato para la colonización.

—Exacto —intervino Smith—, así que poco más de un año después ya se estaba enviando la primera misión tripulada con

los primeros seis colonos-exploradores.

—La verdad es que me cuesta trabajo entender que la Tierra recibiera la información tan pronto si está tan lejos de nosotros —objeta Karl.

—El truco consiste en que realmente no tardó poco en recibirla —responde Wang—. Realmente tardó 297 años en recibir la información, pero como había sido enviada desde una época 297 años anterior, desde el punto de vista de la Tierra los mensajes de la sonda llegaban de forma inmediata según los iba enviando. Es más, cuando un año después mandaron la misión tripulada, llegaron 297 años antes de enviarla desde la Tierra, es decir, llegaron un año después de que llegara la primera sonda. Y de nuevo la misión tripulada enviaba sus informes a la velocidad de la luz, así que tardaban 297 años en llegar, pero como estaban 297 años antes llegaban de forma inmediata desde un punto de vista práctico, y desde la Tierra les podían mandar nuevos suministros también de manera inmediata desde el punto de vista de los colonos. En cuanto comunicaban lo que necesitaban para proseguir la exploración, dicho mensaje tardaba 297 años en llegar a la Tierra y allí se les preparaba lo que necesitaban y se les enviaba a 297 años atrás en el tiempo. Es decir, justo después de que lo pidieran.

—Creo que escuchar al Dr. Wang me da dolor de cabeza —comenta Karl en tono jovial—. Por favor, Dra. Smith sálveme hablándome más de la colonización, pero sin tantos saltos de 297 años para delante y para detrás, que me mareo.

—Sí, la verdad es que marea un poco cuando lo pienso. Es algo realmente magnífico que se pueda mantener una comunicación fluida instantánea entre mundos tan distantes. Bueno, a lo que íbamos, como les decía, se enviaron seis colonos, cada uno de una de las principales potencias de la época, claro. Dos de ellos se quedaron en la nave en órbita para mantenerse en contacto con la Tierra y encargarse del complejo proceso de reenviar a la superficie los suministros que iban recibiendo.

—Así que realmente los seis primeros colonos fueron solo cuatro, ¿no?

—No. Me niego a aceptar esa hipótesis, los seis fueron colonos con misiones diferentes. Todos sabían que era un viaje sin retorno, pues la única tecnología de viaje interestelar conocida solo les permitía alejarse aún más de la Tierra. Así que de hecho todos acabaron asentándose aquí. Simplemente cuatro de ellos bajaron a la superficie un poco antes que los otros, pero todos acabaron en el mismo sitio. Es más, sus tumbas están precisamente en este cementerio, junto a las de los otros mil Padres Fundadores, pero en un lugar central, junto a Isabel.

—Mis disculpas, no quería polemizar.

—Lo sé, pero creo justo conceder a cada uno el mérito que se merece. Bueno, como les decía, los colonos crearon un primer asentamiento y comenzaron el estudio intensivo del planeta. Tras dos años de extracción de datos, las autoridades de la Tierra quedaron satisfechas con las posibilidades del planeta y comenzó la primera fase de colonización, enviando un primer grupo de mil personas.

—¿Cómo se seleccionan a mil personas de entre los miles de millones que habitaban la Tierra?

—Bueno, ya sé que a nosotros nos gusta nuestro hogar, pero lamento informarte que para la mayor parte de la población de la Tierra marcharse a colonizar otro planeta era una actividad altamente peligrosa y por tanto poco apetecible.

—Sí, ya me imagino...

—En cualquier caso, sí que es cierto que había millones de personas interesadas en venir, aunque la mayoría de ellas querían hacerlo básicamente para escapar de la pobreza de sus hogares.

—¡Qué triste!

—Sí... en cualquier caso, los criterios que se siguieron para el primer grupo fueron relativamente simples. Primero, se establecieron cupos por países en función de la contribución económica de cada país al proyecto. Cada país seleccionaba a sus pro-

prios candidatos, pero los demás países podían vetar a cualquier candidato que pensaran que podría desestabilizar al grupo, ya fuera por motivos ideológicos o de costumbres. También se establecieron cupos por géneros y por profesiones, favoreciendo, como es lógico, a los candidatos que acreditaran más habilidades que aportar en la construcción de un hogar habitable para la siguiente oleada de colonos. Además, los candidatos debían tener a lo sumo cincuenta años de la Tierra, sus tests psiquiátricos debían ser impecables, debían manejar al menos tres idiomas y solo se admitían candidatos completamente sanos, sin antecedentes de enfermedades hereditarias y sin ningún proceso vírico activo en el momento del viaje.

—Me llama la atención lo de los idiomas, sobre todo teniendo en cuenta que ahora aquí hablamos todos Esperanto...

—Sí, por fortuna, una de las mil personas seleccionadas fue Isabel. Como todo el mundo sabe, una de sus primeras contribuciones a nuestra sociedad fue lograr que la comunidad original aceptara implantar como única lenguaje oficial un idioma que era ajeno a todos los colonos, de modo que no se crearan guetos por nacionalidades de origen. Lógicamente, el proceso de aprendizaje del idioma fue relativamente lento, por lo que seguían comunicándose con sus idiomas originales, pero todos se comprometieron a ir aprendiendo y usando el idioma. Es más, el gran logro fue convencer a las autoridades de la Tierra de que incluyeran entre las restricciones para viajar al planeta un compromiso expreso de todos los colonos por aprender y usar Esperanto.

—Pues menos mal que se implantó esa regla. No puedo ni imaginarme lo difícil que resultaría aprender otros idiomas, o el lío que se montaría si cada uno hablara en un idioma distinto y no nos pudiéramos entender.

—Karl, te aseguro que no es nada fácil. Por mi trabajo de historiadora he tenido que aprender antiguas lenguas terrestres, pero no se lo deseo a nadie... —comenta Smith con tono divertido— Bueno, como iba diciendo, tras los primeros diez años de asentamiento se habían construido las in-

fraestructuras para la gran llegada, así que comenzó la gran colonización. Cada poco tiempo iba llegando un nuevo grupo de unas mil personas, que se iban integrando en nuestra sociedad. Pocos años después, nuestra sociedad, que contaba con algo más de un millón de personas, ya era autosuficiente y no requería ningún tipo de suministro terrestre.

—Permítame que la interrumpa, pero nunca he acabado de entender que los países de la Tierra invirtieran esas cantidades estratosféricas de dinero para enviar aquí a sus habitantes, cuando en el fondo no iban a recibir ningún beneficio a cambio, pues desde aquí lo único que podíamos enviarles eran datos, que podían recibir igualmente enviando a menos personas o espiando un poco a sus países vecinos que hubieran enviado personas. Tenga en cuenta que nuestro planeta se erigió desde el asentamiento de los Padres Fundadores en una comunidad independiente de cualquier país de la Tierra...

—Sí Karl, a mí también me costaba entenderlo. Creo que en el fondo, a pesar de todo lo que hemos oído sobre los odios y guerras de nuestro planeta de origen, cada país que intervino en la colonización solo quería lo mejor para sus habitantes.

—¿Y no era mejor quedarse en su planeta? Antes me has dicho que no era muy seguro venir aquí...

—Cierto, no era muy seguro para los individuos, pero sinceramente creo que pensaron que era la mejor forma de garantizar la supervivencia de parte de su población.

—¿Cree entonces que conocían la llegada de El Evento?

—No estoy segura de si lo sabían o no, pero estoy convencida de que sabían que podía suceder algo devastador que acabara con toda su sociedad.

—¿Y qué es lo que pasó?

—Pues la verdad es que nadie lo sabe a ciencia cierta. Tal vez dentro de unos 400 años lo descubramos si recibimos mensajes procedentes de la Tierra durante los últimos momentos anteriores a El Evento.

—Una pena, pero creo que yo ya no estaré aquí para enterarme...

—Ni yo —comenta Wang— pero es fun-

damental que nuestra sociedad mantenga vivo su recuerdo hasta entonces. Tal vez nuestra supervivencia como sociedad dependa de que comprendamos qué pasó en la Tierra.

—Estoy de acuerdo —añade Smith—. El único emisario que recibimos llegó herido de gravedad y murió a los pocos minutos, incluso antes de que le pudiera recoger la nave orbital. Además, parecía estar completamente loco, pero todo lo que dijo ha sido analizado hasta la saciedad sin sacar mucho en claro. Como es bien sabido, hablaba de forma muy atropellada, debido a su nerviosismo y estado de salud, así que era difícil entenderle. Básicamente, decía que tras enviarle a él su compañero destruiría el dispositivo emisor de la Tierra y que todos los dispositivos de menor escala y potencia estaban siendo destruidos igualmente por todo el planeta con el objetivo de preservar nuestra existencia. Solo se entendían palabras sueltas pero el mensaje más claro que nos transmitió fue que si llegaba algo más de la Tierra debíamos destruirlo y que incluso debíamos destruir la nave en la que él había llegado. Además, repetía continuamente "¿por qué? El Evento... ¿por qué?".

—Sí, a todos se nos enseña el vídeo en nuestra etapa escolar, resulta muy impactante aunque no se entienda nada de lo que dice—comenta Karl.

—Así es —añadió Smith—. Cuando llegó el emisario la primera reacción fue pensar que simplemente estaba loco, pero tras comunicar con la Tierra para pedir información no llegó ningún nuevo envío. Y así hemos seguido hasta hoy. Algunos conjeturaron que simplemente se habían cansado de nosotros y no querían gastar más dinero en nuestro planeta, pero esa explicación es simplemente ridícula, pues podían dejar de gastar dinero cuando quisieran. Otros pensaron que la Tierra empezó a tener miedo de nosotros porque ya no podían controlarnos, y que podríamos tratar de dominarles aprovechando que estábamos en su pasado con una tecnología muy avanzada, pero también era una tontería, pues no teníamos ninguna forma de llegar hasta ellos. Otros más benévolo conjeturaron que en la Tierra habían decidido que lo mejor para no-

sotros era que pensáramos que habían desaparecido, para que nos esforzáramos por nosotros mismos en preservar la especie de forma independiente. Si bien esta explicación podía tener algo más de sentido, parecía complicado que alguien se dejara asesinar y aún así hiciera un espectáculo final escenificando durante su muerte algo que evidentemente no podía creer de verdad.

—¿Y entonces qué cree usted?

—Pues realmente creo que algo acabó con la civilización que conocíamos y que debemos estar preparados para que no nos suceda a nosotros. Ese es el principal objetivo de la Historia, estudiar nuestro pasado para evitar que se repita en nuestro futuro.

—¿Y cómo podemos evitarlo?

—Por desgracia, no lo sé. Eso sí, comparo con el Dr. Wang la importancia de mejorar nuestra capacidad energética para poder colonizar en algún momento el único planeta que conocemos al que podríamos ir.

—Sí, creo que se lo debemos a la humanidad —añade Wang—. Por desgracia el candidato más cercano que tenemos está a 13274 años-luz de distancia.

—Siempre he pensado que tampoco hay tanta diferencia entre 297 y 13274, ¿no? —pregunta Karl.

—Parece que no, pero la verdad es que sí que la hay —continúa Wang—, porque el coste energético no crece linealmente con respecto a la distancia. En particular, para ir a 13274 años de distancia en vez de 297 no necesitamos solo 45 veces más energía, de hecho necesitamos más de un millón de veces más energía, y eso sí que son palabras mayores...

—Uuufff, ya empiezo a perderme otra vez con sus números. En cualquier caso, quién sabe, a lo mejor si alguna vez conseguimos ir allí, tal vez nos encontremos que nuestros amigos terrícolas lo han conseguido antes, ¿eh?

—¡Ojalá! —responde Smith— Nada me

agradaría más que saber que la especie humana tiene más posibilidades de perdurar. Por cierto, ahora que lo comenta, una última teoría conspiranoica que ha circulado es que los terrícolas inventaron El Evento para que nosotros corriéramos con los gastos de colonizaciones futuras. Pero me parece igual de improbable que las otras teorías, aunque deseo fervientemente estar equivocada.

—Por cierto —interrumpe Karl—. ¿No había otra teoría que decía que El Evento se debió a utilizar el salto?

—Así es, una teoría más pero con poco fundamento —responde Wang—. Decían que al perder tanta masa que nos enviaban, la Tierra se habría salido de su órbita. Pero como digo, no tiene fundamento científico, pues la masa enviada, incluyendo toda la población que vino, es despreciable comparada con la masa de la Tierra. Además, solo diez días antes habían llegado nuevos colonos que no sabían nada de ningún posible evento destructivo. Es imposible que en solo diez días la Tierra se saliera de su órbita. Además, tampoco explicaría el motivo por el que el emisario dijo que debíamos destruir cualquier cosa que llegara de la Tierra.

—Me refería más bien a la teoría de la detección —corrige Karl.

—Entiendo, se refiere a la teoría que decía que alguna otra especie inteligente nos había detectado debido a que habíamos usado saltos temporales. Sí, esa teoría tuvo bastantes seguidores en los primeros años posteriores a El Evento. Lo que pedían sus defensores era que no se utilizara el salto otra vez hasta que nos llegara información desde la Tierra sobre qué es lo que sucedió realmente, es decir, que esperásemos 594 años desde El Evento para estar completamente seguros de que no nos pondríamos en peligro.

—Sí, a eso me refiero.

—Entiendo que la gente tuviera miedo en aquella época y que tomaran todas las precauciones que se establecieron entonces, pero creo que si otra especie fue capaz de detectar el salto desde la Tierra, también debió ser capaz de detectar que el salto se dio hasta aquí, por lo que ya podrían haber venido a perseguirnos, pero no lo han

hecho, así que me cuesta trabajo creer que esta teoría sea plausible.

—Bueno, pues esperemos no tener que vérnoslas con ningún evento similar. Muchas gracias a ambos por sus intervenciones, que siempre resultan de gran interés formativo para nuestros espectadores.

—Muchas gracias a ti por invitarme, Karl.

—Me uno a lo dicho por la Dra. Smith, muchas gracias por dejarnos compartir con la audiencia nuestras opiniones.

—Gracias a ambos. Vamos un momento a publicidad y a continuación entrevistamos al encargado de organizar los fuegos artificiales de mañana. Noooo se vayan.

Flujo y reflujo

del Castillo, Mauricio

Jaime ahorró por seis meses el dinero suficiente para hacerse con una terapia para oficinista. Al recoger el modelo en la tienda, descubrió un increíble hecho: el tremendo parecido que tenía con el original. Existían algunos detalles sin acabar pero, como había dicho el encargado de la tienda, era parte del proceso.

Encendió la luz del sótano y lo encontró en el suelo, revolcándose, como un cerdo en su lodo. Tenía los pantalones sucios y un hilo de saliva escurría por su boca. Un olor nauseabundo golpeó con fuerza la nariz de Jaime. Exclamó:

—¡Mira lo que has hecho! ¡Te cagaste! Yo te voy a...

Lo limpió con una esponja y cambió sus pantalones. Una vez aseado y vestido, Jaime le preparó un plato de avena. Comenzó a gritar:

—¡Traga, infeliz! ¡Traga, te digo! Con una chingada, ¡que tragues, carajo!

Lo pateó repetidas veces en las costillas, como si se tratase de alguna especie de res maltratada en un rastro, pero no hubo reacción alguna. Jaime sentía un especial placer tras las vejaciones, los insultos. Aquello era sólo una pequeña porción de lo que había recibido en los últimos cinco años.

* * *

Semanas antes Jaime salió temprano por la mañana a fin de anticiparse al tráfico, pero un atolladero de autos se lo impidió. Estacionó el suyo a tres cuadras de la oficina y corrió el resto del trayecto. No pudo dejar de imaginar que su jefe estaría esperándolo en su oficina para reclamarle la hora de llegada.

La asistente sacudió la cabeza en un claro ademán de desaprobación luego de ver llegar a Jaime.

—Una disculpa —dijo él—. Es que había mucho tráfico. —Se dirigió a su lugar y tomó asiento. Enseguida se puso a trabajar.

Cinco minutos después el licenciado Guadarrama exclamó:

—¡Márquez! Ven a mi oficina en este instante.

Jaime se levantó de su asiento y maldijo en voz baja. Observó el techo de la oficina de su jefe como si la más grande calamidad se desplomara sobre él. Luego de unos segundos se halló en el escritorio, justo donde el licenciado Guadarrama lo contemplaba de frente, con los ojos más abiertos que de costumbre e inyectados en sangre.

—No estoy contento —dijo el licenciado Guadarrama—. Otra vez llegas tarde. ¿Qué crees que es esto? ¿Un hotel de paso?

Jaime pasó saliva. Se limitó a decir:

—No, licenciado.

—¿Qué te hace pensar que me interesan tus problemas? Tu hora de llegada es a las ocho en punto. No te pago para que me des pretextos.

—Hago lo mejor que puedo, licenciado. En serio.

—No, no lo haces. Ya estoy hasta la coronilla de tus impuntualidades y de tus errores. —Hizo girar la silla. Desde ahí contempló el paisaje gris que desprendía la ciudad.

La semana había sido larga, muy larga, y aún restaban tres largos días, pensó Jaime.

—Uno de los primeros indicios de un buen empleado es preguntarse lo siguiente: "¿Soy puntual?". —El Licenciado Guadarrama se echó hacia adelante; su calva brillaba debajo de las fuertes luces de las lámparas—. La puntualidad es la primera carta de presentación de un empleado cuando deja caer su asqueroso culo en el asiento y comienza a trabajar. Podrá ser un jodido genio, podrá tener las mejores intenciones, podrá ir a misa cada domingo y pagar a tiempo sus impuestos, pero eso no significa nada si es un irresponsable en el trabajo. ¿De acuerdo?

Jaime alcanzó a asentir con lentitud,

apenas lo suficiente para hacerle saber a su superior que captaba la idea.

—Lo que te estoy diciendo no es un consejo, sino una advertencia. Si no te pones al corriente, me aseguraré de que no vuelvas a entrar por esa puerta. —Se apartó y le dio la espalda, no sin antes decir—: ¡Lárgate! Me robas el oxígeno.

Jaime salió de la oficina y expulsó una bocanada de aire. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Luego de la humillación y la angustia, arribaba un impulsivo odio que lo hacía sumergirse en la ira.

Sabía que no tardaría en llegar el momento de liberación.

* * *

Tomó asiento en el consultorio del doctor Figareda. Todo el decorado lograba sumir a los huéspedes en un ambiente de paz y tranquilidad. Era justo lo que necesitaba Jaime, tan simple como eso. Pero sabía muy en el fondo que el asunto era complejo, y que no se resolvería con firmar su renuncia.

El doctor Figareda entró al consultorio y dijo:

—Buenos días, señor Márquez. Es un gusto recibirlo.

—Gracias, doctor. Espero no haber sido muy insistente en que me atendiera. El caso es que necesito ayuda.

—Toda la que necesite, señor Márquez, toda la que necesite. Póngase cómodo y cuénteme. No le ponga límite a sus palabras y sensaciones. Hablar de ello o escribirlo resulta ser bueno.

—¿Es todo? ¿Sólo tengo que hablar? Eso es fácil.

—En parte sí, pero de nada sirve si no nota los cambios y los corrige. —Figareda tomó su reloj y lo guardó en el bolsillo de su chaleco. Entrecruzó sus manos y puso especial interés en su paciente—. Vamos a ver. A partir de hoy tendrá una hora completa para hablarme de sus problemas, aquellos que lo afligen. No se detenga por favor. Si hay algo de lo que no me quiera hablar yo lo pasaré por...

—Es mi jefe —dijo Jaime, contundente— Ese infeliz cabrón no deja de joderme la vi-

da. Por una vez quisiera decirle sus verdades.

—Ya veo, ya veo. Continúe.

—Es duro levantarme por las mañanas y salir corriendo hacia la oficina. Creo que mi vida es dura, pero lo peor de todo es tener un jefe encima que se encarga de que el lugar de trabajo sea lo más parecido al infierno. No soporto ir a trabajar, de ningún modo.

—Jefes hay de muchos tipos, y seguro que a lo largo de su vida se ha cruzado con alguno muy especial. Es algo con lo que tenemos que lidiar de vez en cuando.

—No como este —dijo Jaime con seguridad, como si el doctor no entendiera nada del tema.

Al cabo de lo que pareció un largo rato, el doctor Figareda susurró con voz soñadora y a la vez sombría:

—Sí. Al parecer se trata de un estilo de liderazgo tóxico y unas malas habilidades laborales por parte de su superior. Esto puede provocar anomalías dentro de su trabajo, como el conflicto de rol, la ambigüedad de rol o la sobrecarga de rol. Pueden llevarlo a tomar decisiones negativas, como el de querer dejar la empresa o hasta en el caso más brutal deseárselo la muerte a su jefe.

—¿En serio? Bueno, doctor, tengo que reconocer que aunque esa idea me parece interesante, no estoy muy seguro de hacerlo. Es decir, creo que no soy un psicópata.

—¿De veras? —preguntó el doctor, interesado; la idea le daba vueltas y la estudiaba como un dossier clasificado. Por la forma en la que había despertado su curiosidad se diría que había descubierto oro en bruto en una finca—. ¿Por qué?

—Porque me considero una persona pacífica, doctor, pero al mismo tiempo me levanto en contra de las injusticias. Soy víctima de los malos tratos, de todo lo malo que hay en el mundo. Creo que nos falta liderazgo, y cuando tenemos el poder nos corrompe. Así lo veo. No soportaría personas que se salgan con la suya. Ojalá tuviera la habilidad para ponerlo en su lugar de una buena vez, que se dé cuenta de sus errores y se arrepienta de las cosas horribles que ha hecho.

El doctor Figareda entrecruzó sus dedos y dijo:

—Temo que usted siga reprimiendo sus sentimientos, señor Márquez. No es sano que siga pensando así. Debería hacerle frente a este problema, expulsar su malestar. Gente como usted lo ha hecho por muchos años y los resultados no han sido favorables. De víctima podría usted convertirse en victimario. ¿Me explico? —Reunió unos papeles con las dos manos, los golpeó contra la mesa para igualar los bordes, los metió en un folder y lo extendió hacia Jaime—. Señor Márquez, creo tener una solución.

Jaime miró el folder, como si aquello fuera el camino hacia la luz. El doctor prosiguió:

—Vera, el tratamiento consiste en...
Jaime escuchó con suma atención.

* * *

Una semana después de adquirirlo, escuchó el grito de Annie. Para su mala fortuna, provenía del sótano.

Jaime bajó las escaleras y la encontró de espaldas a la pared, con las manos en el rostro, sin moverse. El invitado se hallaba acurrucado en un rincón, con el estómago hinchado y restos de vómito pegados a la boca. En el ambiente se percibía un fuerte olor a excremento.

—Jaime, dime que no es cierto —dijo ella—. ¡Dime que no es un monstruo!

—No es un monstruo, Annie. Es un autómatas. Una especie de androide orgánico. Aún se encuentra en etapa de maduración. Dentro de poco, él...

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes eso?

—El doctor Figareda me lo recomendó. Me ayudará a descargar mis frustraciones en el trabajo.

Annie reaccionó.

—¡No lo quiero aquí! ¡Dile que se vaya!

Jaime pasó sus manos sobre los delicados hombros de Annie. Las lágrimas enjuagadas en las mejillas de ella lograban que sus ojos cafés brillaran con más intensidad.

—Tú me dijiste que buscara ayuda y eso hice —continuó él—. Annie, por favor. Responde, linda.

Annie murmuró algo que Jaime no alcanzó a escuchar.

—¿Qué dices?

—Dije que no lo quiero aquí.

—Fue sugerencia del doctor Figareda. Dice que hoy en día es lo último en tendencias psicológicas. "Destruye la razón de su infelicidad, aun tratándose de un símbolo físico". Bueno, aquí está. ¿Qué te parece?

Ella suspiró con fuerza.

—¿Cuánto...? —quiso saber—. ¿Cuánto tiempo estará aquí?

—No mucho. La terapia dura una semana. Dos, si tomamos en cuenta que aún no absorbe por completo sus características morfológicas.

Annie notó que aquella criatura artificial era un horrible engendro, la caricatura grotesca de un hombre. No tenía parpados y su piel era tan blanca como la de un muerto.

—Vamos, Annie, esta es una gran oportunidad.

Con una voz firme, ella dijo:

—Haz lo que tengas que hacer, Jaime, y deshazte de él cuando termines. Sólo te pido eso. —Subió las escaleras, se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta. Jaime escuchó sus quedos sollozos. No importa, se dijo. De ahora en adelante todo volverá a ser como antes. Ganaría más confianza en el trabajo, con mejor paga y mejor trato. Nada estaba perdido.

* * *

Luego de una semana, Jaime y Annie apenas se dirigían la palabra. Él pasaba la mayor parte del tiempo con la criatura, bañándola y vistiéndola. Annie alcanzó a escuchar los insultos que su marido arrojaba hacia el androide, como si se tratara de un animal en cautiverio. Este no emitía quejido alguno, pero luego de que el ADN fuera adaptado por las células artificiales, adquirió por completo las características morfológicas del original. Jaime se sorprendió del increíble parecido. Excepto por la falta de expresión, toda su fisonomía era una copia auténtica al carbón.

—Bien, pequeño imbécil —dijo Jaime—, levanta el puto brazo para que pueda ponerte la camisa. ¿Me escuchas? Levanta la mano. ¡Levanta la mano, te digo! —Lo abofeteó con fuerza.

La copia se limitó a mirarlo sin ningún reproche.

Annie no podía soportar los gritos. Bajó al sótano y observó al androide, desnudo, sentado en una tina de baño. Su abundante masa de carne sintética apenas cabía en ella. El androide no hizo el menor caso a la llegada de Annie.

Jaime terminó de fumar un cigarro y arrojó la colilla aún encendida en la espalda del androide. Las chispas se esparcieron por toda su descomunal mole, sin que se quejara. Jaime sonreía con una mirada alegre y satánica. Sobre la mesa de madera pequeña se encontraba alineado un juego de agujas de todos tamaños. Annie los miró horrorizada.

—¡Jaime! ¡Por el amor de Dios, déjalo en paz!

—¿Qué estás diciendo? Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Pero mírate —respondió ella—. ¡Mírate a ti mismo! Esto no es correcto. ¡No estás bien!

Jaime pasó un dedo sobre las agujas en la mesa y dijo:

—Tal vez necesitas verlo por ti misma, Annie, para que te des cuenta de una vez por todas que no existe castigo suficiente para él.

—¿Dices que vaya a tu trabajo? ¡Eso no tiene sentido!

—Él siempre está en su despacho. Ya sabrás qué clase de infeliz es para adorar maltratar a la gente de esa forma. —Miró con desprecio al androide en la tina. El androide se rascó una oreja.

—No eres mejor que nadie pensando así y haciendo estas cosas tan feas, Jaime —

opinó ella, un tanto asqueada por la postura de su marido—. No creo que sea buena idea.

—Una vez que sepas cómo es de verdad, querrás desquitarte con este muñeco. Además, te aseguro que no siente nada. Es como maltratar a un oso de felpa. ¿Irás, verdad?

—Jaime, yo...

Annie no pudo sostener la mirada hosca de Jaime. No tuvo más opción que resignarse.

—Está bien. Iré.

* * *

Annie arribó a la oficina de Jaime justo a la hora de la comida.

—No lo he visto en todo el día —dijo Jaime en voz baja—; ni siquiera ha salido de su oficina. Pero no falta para que empiece a fastidiar en cualquier momento, en especial a mí.

—Jaime.

—¿Qué se puede esperar de un hombre así? —continuó Jaime—. No tiene alma. De seguro debe estar planeando la forma de...

—Creo que fue una mala idea venir aquí.

—¡No me salgas con esas, Annie! Te digo que es un cabrón hijo de puta.

—No hables así de él. Es su trabajo. Lo tiene que cuidar. Estoy segura que no es algo personal contra ti.

Jaime la tomó con brusquedad del brazo y dijo:

—¡Ven conmigo para que te convenzas de una buena vez!

—¡Me estás lastimando!

Jaime la hizo subir en el ascensor hasta el último piso.

—No hace falta mucho para recibir un regaño de él —dijo Jaime—. Sólo tengo que dejarme ver y ya verás cómo me insulta. Si no fuera por este trabajo, yo...

Las puertas del ascensor se abrieron. En su escritorio se hallaba la asistente del jefe. Enseguida Jaime la abordó:

—Buenas tardes, Jocelyn. ¿Se encontrará el licenciado Guadarrama?

La asistente apenas alzó la vista y continuó escribiendo en la computadora.

—No se encuentra bien. Creo que está enfermo.

En instantes apareció un hombre con el cuerpo encorvado, la mano apoyada en el marco de la puerta y un sudor frío bañando su cabeza. Llevaba la camisa desfajada y la corbata suelta, como si regresara de una noche de fiesta. La expresión en su rostro era cansada, con grandes ojeras colgando de sus párpados. No pudo sostenerse más y cayó al suelo. Annie y la asistente corrieron hacia él. A duras penas lo sostuvieron y lo llevaron al sofá. El licenciado mantenía los ojos cerrados con un rictus de dolor en el rostro. Annie preguntó:

—¿Qué le ocurre? ¿Qué tiene?

—Me duele mucho el cuerpo... —murmuró el Licenciado Guadarrama—. La cabeza... Llamen a una ambulancia. —Se interrumpió, con la boca abierta.

La asistente habló por teléfono. Annie abrió más la camisa del licenciado Guadarrama e intentó abanicarlo. Jaime miró la escena entre fascinado y divertido.

El licenciado Guadarrama alcanzó a decir:

—Márquez... Márquez...

Jaime soltó una risotada y dijo:

—Ya, viejo, ya. Sólo déjate ir. No te aferras.

—¡Por el amor de Dios, Jaime! —exclamó Annie, indignada—. ¿Cómo se te ocurre decir eso? Este hombre está a punto de morir y tú sigues empeñándote en... ¡jodiarlo!

—No exageres, mujer. Se lo tenía merecido este desgraciado. Ya verás que cuando estire la pata nos estará haciendo un favor a todos.

La asistente del licenciado regresó y dijo:

—Ya vienen los paramédicos. También llamé a la esposa del licenciado.

Annie no dejó de apretar la mano de aquel hombre. A final de cuentas, pensó, se trataba de un ser humano que requería aliento para sobrevivir.

La ambulancia llegó y partió hacia el hospital más cercano.

* * *

Annie regresó a casa muy tarde. Se alegró un poco al saber que Jaime aún no había llegado. Lamentó lo ocurrido en la oficina. Llamaría por la mañana para saber la salud del licenciado Guadarrama. Después pediría una disculpa a nombre de Jaime luego de su errático comportamiento.

Estaba medio decidida a irse a casa de su hermana y nunca más volver a ver a Jaime. Se levantó del sofá y habló con ella por teléfono. Enseguida fue al cuarto a preparar las maletas.

Veinte minutos después llamó a un taxi, tomó las maletas y salió de casa. Se encontró a Jaime caminando sobre el sendero del jardín. Los dos se detuvieron y se miraron por un largo momento. Jaime advirtió las maletas y lo entendió, sin preguntar nada. Se limitó a decir:

—El licenciado está muerto.

Con la cabeza agachada, Annie asintió. De alguna forma ya lo veía venir.

—Murió en el hospital —continuó Jaime con insólita pena—. Nos encontrábamos en la sala de espera aguardando el informe médico. Ya no quise quedarme en el velorio; no creí que fuera prudente. En este momento están cremando su cuerpo.

No pudo dejar de mirar las maletas que cargaba Annie. Se atrevió a preguntar por fin:

—¿Te piensas ir?

—Así es, Jaime. Mi abogado vendrá a verte para que firmes los papeles de divorcio. Puedes quedarte con la casa si piensas que eso puede agilizar los trámites. —Lo eludió y abrió la puerta del taxi que ya la esperaba—. Siento mucho lo ocurrido con el licenciado Guadarrama.

—El reporte del forense... Decía algo acerca de cicatrices en el cuerpo, moretones, heridas... como si él mismo se lo hubiera provocado.

Ella se detuvo, ya con medio cuerpo dentro del taxi. Abrió la boca unos centímetros, agitada. Giró hacia sus espaldas y preguntó:

—¿Cicatrices?

—Así es. Pero es extraño. Es como si el androide y el licenciado Guadarrama fueran...

Annie soltó las maletas y entró rápidamente a la casa. Bajó las escaleras del sótano y se encontró con lo que quedaba del androide. Su piel, vellos y carne sintética se habían convertido en un asentamiento de polvo, como si recién hubiera salido del crematorio...

Jaime la siguió y observó lo ocurrido. Entonces dijo:

—Ahora recuerdo que el doctor me dijo algo acerca del androide. Algo respecto al país donde fue fabricado.

Ella tuvo miedo de saberlo, pero al final preguntó:

—¿Qué país era?

—Haití. Fue diseñado por ingenieros haitianos.

Annie fue incapaz de preguntar más acerca del diseño del androide. Se aventuró a pensar si no sólo compartían ADN y partes sintéticas: también cabía la posibilidad de que hicieran uso del vudú para garantizar una mejor conexión entre el original y la copia.

Luego de que revisaran la garantía y el instructivo, Annie no tuvo dudas.

FIN

Conoce a tu Llais

Palacio Rojo

Vale, empecemos recordando la primera vez que vi cómo una voz venía a la vida. Su suave timbre me entró por las orejas y allí estaba: Llais. Soy demasiado viejo, por lo que he vivido en una época en la que esto hubiera sido mágico. Pero, incluso para gente como yo, después del uso compulsivo que hemos hecho de los mismos, la encarnación de una voz es algo tan natural como un atardecer.

Ah, sí, tengo que aclarar cómo funciona el programa, como si nadie lo supiera. Bueno, básicamente, está basado en el mismo principio por el cual imaginas a la persona que te habla al otro lado del aparato telefónico. Pero estas nuevas ondas sonoras tienen algo, una frecuencia creo, que le da una patada en la entrepierna a tu nervio óptico, haciéndole vomitar una bella imagen, a menudo el hombre o la mujer de tus sueños. Esta es mi explicación, no es la científica, ni mucho menos. Pero, de todas formas, no sé por qué te cuento algo que ya sabrás, como si fueras alguien venido del pasado.

Ahora, nadie puede vivir sin ellos. Pero todavía puedo recordar los días en los que no había programa alguno que te contara historias para alegrarte un día aburrido, hasta convertirlo en una aventura épica o romántica, o ambas a la vez. El caso es que, la versión que me descargué, Llais, como todas las versiones beta, como casi todos los seres humanos, nunca funcionó demasiado bien. Las historias que me contaba para entretenerme no tenían ni pies ni cabeza. No, eso no es del todo cierto. Algunas tenían pies y otras, cabeza. Pero, o eran demasiado originales, o demasiado poco originales, como para que sonaran a buena ficción.

A pesar de todo, no creo que pudiera vivir sin mi Llais. Amo todos sus encantadores defectos. Pero a partir de hoy, se acabó. Esta mañana le pregunté a Llais: "¿a qué

peligros nos enfrentaremos hoy?". —A una guerra civil galáctica, me respondió.

Y entonces, me decidí a no escuchar su voz nunca más. La cuota mensual no es mucha, pero no me puedo permitir gastos inútiles. Así que abrí el menú. La opción "borrar la cuenta" casi no era una posibilidad, de escondida que estaba. Después de una hora, conseguí programar la muerte de esta voz que me había acompañado durante tantos años.

Acababa de dejar el hotel. Y ahora, no sabía cómo rellenar las horas muertas de viaje por el desierto. De repente, una voz interrumpió el silencio, advirtiéndome que tenía diez horas para reactivar la cuenta o Llais desaparecería para siempre. Genial, ahora tendría que soportar una cruel cuenta atrás. No sólo había intentado matar a una compañera agradable, ahora tendría que escucharle agonizar, suplicándome por su vida. Fui muy inocente al pensar que el programa desaparecería así como así, sin soportar incontables "¿lo has pensado bien?".

Justo después de entrar en mi cobre, no pude resistir la tentación. Abrí el programa, bueno, en realidad tendría que haber dicho "abrí a Llais", como suelo hacer, pero a muchos de los que pueden estar escuchando les podría parecer algo de mal gusto. Le pregunté: "¿quién seré hoy?".

—Un héroe, respondió—apareció Llais.

—¿Qué clase de héroe?

—Un caballero andante.

—Bien.

—Te ingresaron en una escuela que recogía a los niños no deseados. Ya sabes, los que nacían enfermos, eran feos, o peor aún, aburridos. Y, como no puedes descambiar a un niño, les daban a los padres la opción de dejarlos en un contenedor, justo en la entrada de la escuela. Y es en esa escuela donde aprendiste a ser un héroe.

—Pero todo héroe necesita una aventura.

—Tendrás que robar, pero no como la mayoría de nosotros lo haría. Tienes que

robar superando grandes obstáculos. Como un héroe. Tienes que conseguir las piedras del azar.

—¿Dónde puedo encontrarlas?

—Las piedras del azar no se buscan. Aparecen cuando nadie las está buscando.

—Pero no puedo salir en busca de algo que no puedo rastrear. Un caballero andante necesita objetivos claros, desafíos.

—Te equivocas. Andante viene de errar, dejar que la suerte decida qué cariz tomará tu aventura. Por eso existen los soldados de fortuna.

Aquel día tenía que ir a Almería. A desahacerme de un lugar que me perseguía. Me dije, si lo vuelvo a ver, no será como lo recuerdo. Y entonces, será un solo lugar con arena y sin memoria. Ya sabes, cuando estás en un cobre, sin conducir, tan sólo dando instrucciones al controlador central... ¿qué puedes hacer para superar el aburrimiento y no quedarte dormido? Encima, miraba un paisaje que apenas cambiaba. Arena, cielo, una nube o dos quizás. Más arena, más cielo, sin nubes. Hasta que, de repente, una sorpresa en forma de hombre apareció en el horizonte.

Cerca de la carretera, un vagabundo fingía ser un campesino, golpeando la tierra con una azada imaginaria.

—¡Para!—gritó/saltó Llais.

—No.

—Para y pregúntale sobre la conspiración. Pregunta por la trama.

—No.

Aunque me negué, le dije al cobre que parase, cerca del falso campesino. Le debía esta última voluntad. Ella no lo sabía, pero le había traicionado y pronto no la escucharía/vería más. Le debía una explicación. Y una despedida. Pero hay pocos momentos en los que nos parece apropiada una confesión. El vagabundo escuchó mi pregunta sobre la trama y me preguntó cómo es que sabía lo del sol.

—El gobierno, el gobierno hizo este desierto —murmuraba— El presidente nos golpea con rayos de sol. No quiere que esta tierra se convierta en un vergel.

Juro que dijo la palabra vergel.

—No quiere que nosotros, los campesinos, podamos ganarnos la vida. Es la mario-

neta de los mercaderes de la galaxia

Después de varios minutos de paciente escucha en silencio, dejé al campesino sin aperos en la cuneta, atrapado en sus pensamientos circulares, que eran tan importantes tanto para sí mismo como para él. De vuelta al viaje aburrido... hasta que vi las estatuas. Entonces, estuve a punto de darle la razón al campesino en su visión absurda del presidente.

En mitad de la nada, en la cima de una árida colina, se erigían varias imágenes de nuestro presidente... ¿Debería llamarle Andi, como quiere que se le llame ahora? Ni siquiera permite que se nombre su nombre de pila al completo. Si no le llamas por su diminutivo cariñoso, te manda a la cárcel. O al menos, eso es lo que dicen por ahí. Cerca de una de estas estatuas, una cuerda de presos estaba limpiando no sólo la piedra, sino la arena cercana al pedestal. Parecía que incluso los sentenciados a cadena perpetua no serían capaces de terminar el trabajo.

La carretera se apartó de la colina. Dejamos atrás la cuerda de presos y las estatuas. Miré al frente y vi una silueta humana. Alguien estaba caminando en mitad de la carretera, ignorando a los posibles cobres que pudieran atropellarle. Aunque no llevaba el uniforme de la cárcel, se veía que era un preso fugado.

—Deberíamos reclutar a 29. Para la misión, de repente exclamó/saltó Llais.

Ella tiene la costumbre de hablar si no has abierto la boca en una hora.

—¡29! Esos son demasiados hombres. Y estamos en mitad del desierto.

—No. 29 es el código secreto de un solo hombre. Aquí tienes, dos fotos de él.

En la pantalla de mi F.A. aparecieron dos imágenes. Lo malo es que, en cada uno de los retratos, la cara era diferente. Sin duda se trataba de dos personas distintas. O del mismo hombre con dos caras nada parecidas, pero esta última opción era poco probable.

—Una de esas fotos no es el retrato de 29. Es imposible.

—Lo sé, pero si te enseño dos rostros distintos, hay más probabilidades de que lo encuentres. Un cincuenta por ciento más. Él te guiará a las piedras del azar. Si tienes suerte, claro.

El preso libre volvió la cabeza hacia nosotros. Mi cobre estaba muy cerca y ya podía verle con más nitidez. Su cara era muy parecida a una de las dos fotografías, la primera. Bueno, quizás su semblante era un poco más culpable. Debía ser otro de los trucos de Llais. Estaba seguro de ello. La cuenta atrás estaba en marcha, así que empezaba a crear misterios diseñados para engancharte otra vez. Pero lo tenía decidido, Llais iba a desaparecer al final del día.

Tuve que detener el cobre. El preso nos había cerrado el paso, haciendo activar los frenos automáticos. Bajé la ventanilla. Para que os hagáis una idea, digamos que se parecía a vuestro tío, el que se emborracha en las reuniones familiares.

—¿Eres 29? Quiero decir, ¿te llamas 29?, le pregunté antes de que pudiera decir una palabra. Y es que me dije, si quieres enseñarle que no le tienes miedo, nada mejor que tomarle el pelo.

—Sí, ese soy yo, me respondió.

—¿Puedes probarlo?

—Bueno, me has preguntado si me llamo 29 y no he pensado que estabas loco.

29 se echó a un lado y empezó a apilar matojos. Bajé del cobre. Tenía que estirar las piernas. Mientras comprobaba que la cuenta atrás hacia el final de Llais seguía en marcha, los matojos empezaron a arder.

—Vas a matarnos de calor. Eres el primero que veo que se atreve a encender un fuego cuando hace un sol de justicia, protesté.

Mientras decía esto, me di cuenta de que no hacía calor en aquel desierto, a pesar de que el sol estaba en todo lo alto. Incluso me daban escalofríos cuando el viento soplaba.

—El fuego no es para calentarnos. Es una forma de adivinación. La verdad siempre está en el humo. El fuego nos advertirá.

—Quizás podemos ver el futuro en él y saber si encontraremos las piedras del azar

de una vez.

Cuando mencioné las piedras del azar, ni siquiera alzó una ceja, como si lo que acababa de decir tuviera algún sentido.

—No he encendido el fuego para ver tu futuro. Lo hice para adivinar tu pasado. Aspirar el humo.

—Me pondré malo si lo hago.

—Así que puedes ver el futuro, ¿eh? No necesitas entonces el fuego para hacer eso. Pero puedes ver el pasado si tú...

—No voy a llenarme los pulmones de humo sólo porque me lo digas.

—Vale, voy a decirte la verdad. También quería que te libraras de los parásitos. El presidente ha envenenado el aire que respiramos. Es la única forma que tenemos de matarlos. Así que huele el humo para limpiarte los pulmones mientras ves tu pasado.

Lo hice. Todavía no sé por qué. No tiene sentido. Si alguien escucha esta historia, por favor, que no piense que intenté matarme. Creo que quería demostrarle que no le tenía miedo. Así que puse mi cara cerca de las llamas y fingí que aspiraba. A pesar de mis esfuerzos, no pude evitar toser.

—No soportas ver el pasado, ¿eh?

El preso intentaba sonreír sin parecer un maniaco. Apuesto que no se había reído a gusto en toda su miserable vida. Se notaba. Mientras me encontraba en medio de un terrible ataque de tos, me golpeó en la cabeza con su bota derecha. ¡Qué simple y poderosa patada circular! Estaba en forma. Tendido en la arena, vi cómo se acercaba a mi cobre. Fingí que estaba inconsciente para no tener que luchar con él. Sabía que yo tenía todas las de perder. Me pregunto cómo se le ocurrió el truco del humo para dejar fuera de combate a sus víctimas.

De todas formas, ya estaba muy cerca de mi destino. El lugar en donde mi vida volvió a comenzar. Caminé durante unos 29 minutos. Alcancé la estructura metálica octogonal que, hace muchos años, llamaba hogar, dulce hogar. El hogar de la gente que gritó que ya no lo soportaban más. Mientras contemplaba las ruinas de nuestra comuna, empecé por contarle el final de mi historia a Llais, como un mal narrador. Ella estaba en modo escucha, así que no se quejó.

—El Ejército Comercial de la Tierra vino. En sólo una mañana, nuestra pequeña comuna desapareció. Lo destrozaron todo, hasta hacer brotar de nuevo el desierto. Incluso mataron a una mujer por proteger un árbol que ella misma plantó. Ella era la única que amé de verdad. Cuando terminaron la matanza, uno a uno, volvimos a firmar nuestro contrato vital con la Compañía-Gobierno. Y tuvimos que renovar el Juramento de Lealtad al Dinero. Tuve que hacerlo. Me amenazaron con quitarle los brazos láser a mi padre. Él no puede vivir sin ellos. Lo gracioso es que, cuando yo era niño, fue él el que me enseñó a amar a la Compañía-Gobierno, el que me enseñó el Saludo al Presidente, el que me obligó a aprenderme el Juramento de Lealtad al Dinero de memoria.

No sé por qué, pero decidí que tenía que contarle el principio de mi historia. Estaba hablando con Llais, que es lo mismo que estar hablando solo.

—Destruimos todas nuestras posesiones. Así que fuimos declarados oficialmente desaparecidos, se acabó nuestra vida social. Los primeros días fueron duros. Pero, con el tiempo, ves que vivir sin dinero no es algo imposible. Es una vida diferente, eso es todo. Y es más llevadera, si no estás solo.

Para completar mi confusa historia, recordé algo que tenía que haber aclarado desde el principio.

—Creíamos que la Compañía-Gobierno había creado un arma de destrucción masiva: la crisis económica. Si decidía lanzar una crisis en tu país, sólo había una forma de escapar de la destrucción: dejar de creer en el dinero. Así que te dices a ti mismo, a partir de mañana, el balance de mi cuenta corriente es una cadena de números al azar. Y si ves un billete de mil, te dices que es un papel de colores. Y que una moneda es la ficha de un juego de magia.

Otra vez, un mensaje en la pantalla, advirtiéndome que en unas pocas horas, no

podré ver-oír a Llais nunca más. Esto me animó a hacerle una confesión, que ahora sí venía al caso.

—Pero cambié. Ahora creo en el dinero, en el Gobierno, incluso creo en Andi. Por eso me tengo que deshacer de ti. No me traes cuenta. Todos los meses, pago por un mal servicio. Tus historias son tan pobres, tienen tantos defectos... No me sirves. ¿Comprendes? No podemos seguir juntos.

—No funciono mal, funciono diferente. Soy como una de tus compañeras de la comuna.

—Lo que pasa es que no me puedo permitir el mantenerte. Así que, supongo que tenemos que decirnos adiós.

—Destruye la Computadora Central.

Como narrador de última hora, tengo que explicar qué es la Computadora Central, o el Dios-Castillo, como es conocida por muchos. Ya sabéis que se trata de un cubo negro de cemento. Dentro del cubo, hay incontables circuitos de roca basáltica. Dentro de los circuitos de roca basáltica, están todos nuestros datos. Entre los datos, los fiscales.

—No tengo armas, me excusé.

—Sólo tienes que ir allá, y entonces verás la manera de destruirlo. Conoce a tu enemigo. Si ni siquiera lo has visto, no puedes imaginar la manera de vencerlo.

Pensé: "quizás es una buena idea darnos un paseo hasta la Computadora Central. Por lo menos, así tendré algo que hacer hasta que llegue la última hora de Llais. No hay duda de que este programa se diseñó para no darse por vencido, como nosotros, los supuestos seres humanos". Pero la verdad es que decidí ir allá, más que nada porque el Dios-Castillo estaba cerca. Podríamos llegar antes del atardecer. La distancia que nos separaba de la Computadora Central era tan corta como el espacio entre dos frases separadas por un punto y aparte.

El Dios-Castillo estaba en el horizonte. Tenía una extraña diadema en la cima. Podías ver un halo en la esquina del cielo encima del edificio. Miré una vez más, y entonces me di cuenta de que era un fuego allá arriba que formaba dos puntos negros como estos; y estaban cayendo hacia nosotros.

—¡Las piedras del azar!, gritó-apareció Llais.

—Al parecer, vamos a ser aplastados por un meteorito. Bueno, por dos. Más o menos al mismo tiempo.

—Sí. Las piedras del azar están llegando. Vienen a derrotarles. Nos ayudarán a destruir la Computadora Central.

—Y también acabarán con nosotros.

—¡Qué más da! ¡Ganaremos!

Abrió el menú y paré la cuenta atrás. Llais desaparecerá, pero porque yo también lo haré. De hecho, teníamos tan poco tiempo, que era absurdo el contarlo.

—Creo que vamos a morir, Llais.

—No. Imagina que estás en una galaxia con forma de espiral, en la que el centro es una rueda. Siempre puedes girarla para ir al punto exacto en el tiempo al que quieres regresar.

A pesar de lo absurdo de la petición, estiré los brazos, como si sostuviera uno de esos viejos volantes de los automóviles. Giré a la izquierda.

—¿Qué haces? Estaba hablando metafóricamente, dijo Llais. Dejé de mover los brazos y me senté en el suelo.

—Escucha, haré que vivas para siempre. Dame tu permiso y esta aventura será grabada en los archivos del programa. Imagina, millones de personas volverán a vivir este día, una y otra vez. Seremos los protagonistas de una historia. Una muy corta, si quieres. Pero, para ello, necesito grabar tu punto de vista, y así completar la perspectiva. Cuéntame.

—De acuerdo. Pero lo malo es que seguro que llenarás la historia de personajes y situaciones absurdas, como siempre, en vez de contar lo que pasó en realidad ¿Por dónde empiezo?

—Describe la primera vez que me viste, la primera vez que viste a una voz cobrar vida.

—Vale, empecemos recordando la primera vez que vi cómo una voz venía a la vida. Su suave timbre me entró por las orejas y allí estaba: Llais.

La profe

Rodríguez Laguna, Ismael

—¿Nicolás?

—El sol está a 149,6 millones de kilómetros de la Tierra.

—Gracias, Nicolás. Te lo acaba de decir tu madre, ¿verdad?

Nicolás dudó por un momento. Luego negó enérgicamente con la cabeza.

La profe suspiró profundamente. Se le ocurrió preguntar al niño qué era un kilómetro, qué era ciento cuarenta y nueve, o qué era coma. Se le ocurrió preguntarle cómo un niño vestido con un baby podía saber esas cosas. Pero la culpa no era suya.

Ensimismada, recordó la conversación que había tenido con una madre durante una tutoría, la semana anterior. "Ya sé que no podéis quitarle el cacharrito, que se lo incrustasteis dentro de la cabeza. Pero, ¿no puedes al menos no usarlo cuando ponga un control?". La madre se quedó ahí, sonriendo, sin responder, ante lo cual la profe no pudo contenerse más. "¿Es que acaso seguirás ahí, chivándole todo lo que tiene que hacer, cuando sea un adulto y esté trabajando?". Y la madre siguió sonriendo, sin responder.

La profe volvió a suspirar profundamente. Normalmente, eran sus compañeras de más de cincuenta años las que se dedicaban a contar periódicamente el tiempo que les faltaba para jubilarse. Lo que no era normal era que hubiera empezado a hacerlo ella. "¡Nadie debería estar contando diariamente el número de días que le faltan para jubilarse, cuando todavía le faltan más de diez mil! ¡Nadie!" pensó amargamente. Y la culpa de todo la tenían aquellos malditos implantes.

Entonces se dio cuenta de que Mateo estaba hablando muy bajito con su madre. Como el niño estaba ensimismado en la conversación, no vio cómo ella se acercaba para escuchar.

—¡Mamá, se me han desatado los zapatos! —susurraba Mateo sin mirar a nadie en particular— ¿Puedes atármelos tú? ¿Pasas a control remoto, entonces?

Entonces Mateo puso los ojos en blanco y, con la destreza de un adulto, comenzó a atarse los zapatos rápidamente.

Eso era lo que la profe detestaba más profundamente. El control remoto. Si dar clase a veinte niños con asistente permanente invisible era triste, dar clase a zombis ya era lamentable. ¿Por qué seguían compitiendo las madres para ver quién hacía mejor un barco con macarrones de colores? ¿Por qué seguían compitiendo para ver cuál de ellas componía mejor los macarrones? En el fondo, sabía que siempre había sido así con las manualidades mandadas para casa, pero ¿también en las tareas hechas en el cole?

Qué depresión.

Llegó la hora del recreo. Los niños comenzaron a formar la fila para salir del aula.

Al sumarse a la fila, Aarón tropezó y empujó a Felipe. Entonces Felipe reaccionó instintivamente, dando un manotazo a Aarón. Molesto, Aarón volvió a empujar a Felipe, esta vez a propósito.

La profe oyó a Felipe susurrar: "No mamá... que no me estoy dejando pisotear ni nada, si no ha sido para tanto...". Entonces Aarón susurró para sí mismo: "Que no, mamá, vamos a dejarlo así, que luego se nos pasará y...".

Entonces Felipe puso los ojos en blanco y dio un puñetazo en la cara a Aarón. Aarón, incrédulo, se llevó la mano a la nariz. Poco después, los ojos de Aarón también se pusieron en blanco, y le dio una patada en la espinilla a Felipe.

La profe se echó las manos a la cabeza. Se le escapaban lágrimas por los ojos.

—¡Madre de Felipe! ¡Madre de Aarón! —gritó desesperada mientras Aarón y Felipe, en trance, seguían repartiéndose mamporros—. ¿No os dais cuenta de que os estáis pegando entre vosotras, usando a vuestros hijos como muñecos? ¡Basta!

¿O acaso... lo estáis haciendo precisamente porque lo sabéis?! ¿No os dais cuenta de que va a ser a ellos a quienes les duela?! ¿Es que estáis locas??

La profe intentaba separar a los dos niños pero, ante los diestros golpes teledirigidos que estaban intercambiando ambos niños vestidos en sus babys, ella misma también empezó a recibir involuntariamente algunos de los golpes.

Mientras los niños no paraban de pegarse, la profe empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Aaaahhh! ¡Aaaahh! —sollozó—. ¡No lo aguanto más! ¡Ma...! ¡Mamá, ayúdame! ¡Mamá!

Pero sabía que su madre sí haría en aquel momento lo mejor para ella.

Su madre no respondería.



El vendedor de recuerdos

Briones, Florentino

Todos los sábados por la mañana se celebra un mercadillo en la zona del Centro Plaza y de la plaza de toros de Nueva Andalucía. Hay puestos de zapatos, de ropa playera, de flores, de cerámica, de alfombras, de bisutería, de bolsos... Casi como en los otros mercadillos. El de los lunes en Las Albarizas, y el de los jueves en San Pedro. Pero no hay puestos de verduras y de frutas como en esos. En su lugar hay puestos de antigüedades, de sombreros de señora para bodas, de pintores, de elaboradas artesanías...

Cuando voy en verano a Marbella suelo dar una vuelta el primer sábado por ese mercadillo para ver si encuentro algo interesante y para comprar algunas flores que adornen la terraza del apartamento: unas alegrías, unas campánulas, un jazmín...

El sábado pasado, cuando fui, me paré ante un entoldado que me llamó la atención porque, aparte de un hombre sentado en una silla, no había absolutamente nada más. El hombre, que miraba hacia el suelo, lucía zapatos blancos, pantalón blanco, camisa blanca, pelo cano y, cubriéndolo, un panamá (naturalmente, blanco).

Iba a irme, cuando el hombre levantó la vista (unos ojos intensamente azules) y me dijo:

—Se está Usted preguntando qué es lo que vendo ¿no es cierto?

Tenía un acento claramente sudamericano, pero no conseguí detectar de qué país concreto.

—Sí —contesté— ¿Qué vende?

—Recuerdos —dijo.

—¿Recuerdos?... ¿Souvenirs?

—No, no. ¿Souvenirs? ¿Muñequitas vestidas de gitana?... No, no, no. Vendo recuerdos. Recuerdos —repitió señalándose la frente con el índice.

—¡Ah! —creí comprender— Vende Usted sus recuerdos.

—No, no. No son mis recuerdos. Son simplemente recuerdos que, al venderse los, pasan a ser suyos.

La verdad es que la idea me pareció bas-

tante absurda, pero al menos era original.

—¿Y cuánto cuesta un recuerdo?

—¡Oh! Los hay de precios muy distintos. El más barato cuesta un euro, y el más caro, mil. Depende del tipo de recuerdo. Los de un euro son recuerdos vergonzosos, de esos que con solo recordarlos cualquiera enrojecería de vergüenza. Los de mil son recuerdos gloriosos, capaces de hacerte sentir el hombre más importante del planeta.

—¿Qué clase de recuerdos vende por diez euros?

—Recuerdos intrascendentes, poco importantes, que lo mismo da recordarlos que no.

—¿Y por veinte?

—Recuerdos simpáticos, amables... incluso algo poéticos...

—Dígame, por ejemplo, un recuerdo de veinte euros.

—Primero tiene que pagar.

Menuda cara tiene este tío, pensé.

—¿Que le pague sin haber visto la mercancía?

—Sin haberla oído, por supuesto. En cuanto se lo diga el recuerdo pasa a ser suyo. No hay devolución posible. Además siempre hay graciosos que se niegan luego a pagar porque consideran una tontería pagar por un recuerdo que es suyo.

—Pues tendrá Usted pocos clientes —aventuré.

—Sí. Realmente tengo muy pocos. Pero cada sábado tengo siempre al menos uno que me compra un recuerdo de mil euros.

Me eché a reír convencido de que hablaba de farol, pero me dio pena y le di un billete de veinte euros.

—¿Se acuerda del día en que, paseando por el parque, se posó en su hombro un colibrí y le silbó al oído una preciosa melodía?

—Claro que me acuerdo —contesté— ¿Y?

—¿No le parece un hermoso recuerdo por solo veinte euros?

—Pero ese es un recuerdo mío... ¿Por qué había de pagarle por un recuerdo que, al fin y al cabo, es mío?

—¿Lo ve? —me dijo— Si lo hubiéramos dejado para después, seguramente no me habría pagado.

—Por supuesto. ¡Menuda tontería! —dije dando media vuelta y marchándome indignado.

Pero... ¿Cómo sabía él que un colibrí me había silbado al oído cuando paseaba por el parque?... ¿Por qué parque? ¿Por el parque de Retiro?... En Madrid no hay colibrís... a menos que, muy improbablemente, se tratara de un colibrí escapado de una jaula...

Me volví al entoldado del hombre de blanco.

—¿En qué parque me silbó el colibrí al oído? —pregunté.

—Ese es un recuerdo de diez euros —contestó.

—¿De diez euros?

—Sí. Es un recuerdo intrascendente. ¿Qué más da si fue en uno u otro parque? Lo importante es que un colibrí le silbó al oído.

Le di los diez euros.

—Fue en Ciudad de México. En el Bosque de Chapultepec.

—¡Ah, es verdad! Fue en el Bosque de Chapultepec.

Y di media vuelta y me volví a marchar.

Hacía ya unos treinta años que había estado en México dictando un curso sobre bases de datos en el CEMLA, el Centro de Estudios Monetarios Latinoamericano, y recuerdo haber pasado en coche, con un amigo del Banco de México, un par de veces por el Bosque de Chapultepec, a la ida o quizás a la vuelta de alguna de las numerosas excursiones a las que, como buen anfitrión, me llevó mi amigo. Hacía ya treinta años. Quizás por eso había olvidado hasta hoy al colibrí que me silbó al oído.

Claro que el día del colibrí no era uno de

los días en que iba en coche. Tenía que estar paseando a pie por el parque... ¿Y qué hacía yo paseando por el Bosque de Chapultepec? ¿Estaba quizás en el camino entre la sede del CEMLA y la zona rosa, que es donde estaba el apartotel donde me alojaba? No recuerdo la geografía de Ciudad de México, pero lo dudo... No creo que fuera nunca andando al CEMLA. Tampoco estaba de camino al Zócalo... ¿Quizás de camino al Museo Arqueológico?...

Volví al entoldado del hombre de blanco.

—¿Qué hacía yo en el Bosque de Chapultepec?

—Para eso tengo dos recuerdos. El mejor es uno de mil euros.

—¡Ni hablar! Dígame el otro.

—El otro es un recuerdo de solo un euro.

Me llevé la mano al bolsillo, pero entonces recordé: los recuerdos de un euro son los que te hacen enrojecer de vergüenza al recordarlos.

Menudo timo, pensé. Si cree que voy a darle mil euros, puede seguir esperando sentado.

Di nuevamente media vuelta. Me fui al puesto de las flores. Compré unas cuantas, y las trasplanté a las jardineras de la terraza.

¡Qué idiotez! Si el motivo de ir al Bosque de Chapultepec fuera tan glorioso como prometen los recuerdos de mil euros, sería imposible que se me hubiera olvidado.

Sería quizás un motivo vergonzoso. Ligeramente vergonzoso, supongo. Si era vergonzoso tendría sentido que la mente hiciera que inconscientemente me olvidara de él.

En todo caso no creo que fuera tan tremendo que me hiciera enrojecer de vergüenza al recordarlo... ¿O sí?

¿Recuerdo vergonzoso o recuerdo glorioso?

Parece una tontería, pero llevo tres días dándole vueltas al asunto. Incluso apenas he dormido sus tres noches. Así que he tomado una decisión: el próximo sábado me acercaré por una respuesta al entoldado del hombre de blanco.

Por supuesto, le daré mil euros. No tengo la intención de pasarme avergonzado el resto de mi vida.

Esporas

Adriano

Tras nueve días de una calma casi cenobítica, una sacudida metálica y veinte centímetros de polvo y ceniza irrumpen en el búnker como napalm sobre un campo de trigo. Las placas de manganeso y hormigón de la puerta acorazada gimen al abrirse y gruñen al cerrarse, expectorando pequeñas astillas estriadas; tanto el sensor de movimiento como el interruptor de apertura automatizada entraron en coma hace tanto tiempo que ya es imposible recordar la época en la que había que seguir el protocolo de esterilización antes de penetrar entre los neones parpadeantes de esa porción de oasis en la que siguen existiendo la carne de perro y las pastillas rehidratables de cerveza.

Una silueta embarrada y renqueante desciende por las escaleras de seguridad.

— ¡Me muero de sed! Que alguien me sirva cualquier cosa que pueda matar unos parásitos intestinales.

Silencio. Nadie detrás del mostrador. Nadie entre las mesas, ni agazapado bajo el sistema de filtrado NBC, verificando las válvulas de expulsión. El bar, sumergido en una espesa balsa de aceite, parece haber adquirido la decoloración propia de un cadáver hundido en el fondo de un lago; únicamente el susurro incesante de las tripas mecánicas y los motores perpetuos confinados tras los tabiques evidencian la existencia de algo similar a signos de vida.

El recién llegado se desembaraza de su abrigo cuarteado, apoyándolo encima de uno de los barriles de combustible que salpican el área central, y se acomoda en una silla tubular enclavada frente a la barra principal. Se rasca el agrietado muñón de su meñique izquierdo, al tiempo que observa el parpadeo intermitente que desprende el potabilizador de agua, encastrado en el cemento como la cabeza de una bestia disecada; si bien no esperaba encontrar supervivientes en esa guarida para topos de-

sollados, el mutismo que tiñe las paredes le inquieta. Aspira profundamente, evitando que la metralla de sus pensamientos se le clave muy profundamente.

Tal vez allí dentro las cosas también hayan cambiado.

— ¡Pero si es mi querido Cuatro Dedos! ¿Cuándo has llegado? No te he oído entrar.

La figura correosa de P. K. asoma la cabeza través de un estrecho orificio situado junto a una columna de sacos de harina y alimentos liofilizados; con un movimiento ágil, el pequeño camarero emerge al completo, sujetando bajo su brazo una caja de aluminio herméticamente cerrada.

— Hacía tanto que ya no venía nadie por aquí que os daba a todos por muertos.

— Soy el primero de hoy, entonces.

— ¡De hoy y de las últimas tres semanas! —una sonrisa perturbadoramente sincera deja entrever una hilada de dientes tostados— Aunque, sinceramente, cuando no es por un tumor es por una bala, pero pocos aguanta mucho tiempo ahí fuera.

— Tampoco es que quede demasiado por lo que aguantar.

Una mueca de resignación se plastifica en ambos rostros, cuyos gestos emanan acidez de estómago y ambigüedad; una ambigüedad que celebra el reencuentro, pero que también asimila lo inevitable. El holocausto mastica y digiere a todos, sigan en pie o no.

— Bueno, y hablando de eso, ¿cómo te trata la vida? ¿Has perdido más partes de tu cuerpo? ¡Hacía mucho que no te veía, joder! Ya pensaba que te habían colgado del cuello para llevarse tu maravilloso guardapolvo —la pareja dirige sus pupilas hacia la amalgama de telas remendadas que conforman el gabán, tumbado sobre la cubeta de carburante— o, no sé, que alguno de los bichos esos de las cárcavas te había degollado. ¡Realmente es una alegría tenerte aquí!

— Estuve en el Cañón, cerca de las chimeneas. Me llegaron rumores acerca de unos cementerios electrónicos que aún no

había tocado nadie, sepultados en el interior de los canales; por lo visto, fueron de los últimos que inauguraron antes de que todo se fuera al carajo. Tenía la esperanza de hacerme con unos cuantos dispositivos y algo de mineral adulterado para intentar venderlo por ahí.

Con elegancia y cierto grado de brusquedad, los dedos del anfitrión colocan un vaso de vidrio reciclado frente al visitante. La gragea de su interior comienza a disolverse al contacto con el agua, regalando un caldo tibio y espumoso con aroma a goma y centeno.

— ¿Y tú qué tal por aquí?

— Aburrido. ¡Muy aburrido! Me he dedicado a ver películas holográficas y hacer inventarios, uno detrás de otro, tratando de evadirme. Deseando escuchar algo más que mi propia voz o ese asqueroso zumbido que me está volviendo loco — señala con la barbilla uno de los ventiladores industriales instalado en el rincón más septentrional— eso sí, ya tengo anotado hasta el último gramo de todo lo que guardo aquí abajo. Si me administro bien, sé exactamente cuánto tiempo me queda antes de morir de hambre o perder la cabeza.

— Sí que te aburres, sí.

— Por cierto, la señal de radio no funciona desde hace días, pero en su momento pude cambiar un dispositivo musical por un par de geles energéticos; justo cuando has llegado estaba sacando un reproductor compatible. Si te apetece, puedo poner algo.

Un golpe húmedo, seguido del crepitar de canicas esponjosas rodando por la superficie exterior, interrumpe la conversación. P. K., más sorprendido por la presencia de sonido que por su naturaleza en sí, alza la vista, clavándola en los metros de tierra y acero reforzado que les envuelven y les protegen. Cuatro Dedos se limita a tragar lo más rápidamente posible el líquido acre que gorgotea frente a él. Su esternón por fin se relaja.

— ¿Qué fue de tu proveedor? Yo no le

conocía mucho, pero parecía capaz de encontrar alcohol y fármacos hasta de una pila de estiércol.

— Desapareció. No tengo ni idea de si se le acabaron los supermercados enterrados o si alguien decidió dispararle por la espalda mientras destripaba las habitaciones de algún apartamento abandonado. Así que lo que ves es prácticamente todo lo que queda. ¡El paraíso echa el cierre! Dentro de poco, aquí no habrá más que cascotes y carbón, igual que en el resto del mundo.

Sus manos entumecidas alzan una bebida de aspecto ceroso, la cual parece reflejarse pálidamente sobre sus retinas coaguladas.

— El resto del mundo ya no son solo cascotes y carbón. Desde hace unos días todo ha empezado a llenarse de musgo, raíces y humedad. Esta zona sigue cubierta de escombros, pero, por lo que he visto, me da la impresión de que durará poco así.

— ¿En serio?

— No te miento —mira en dirección a la caja registradora— ¿te queda tabaco, o algo que se le parezca?

El hocico del camarero bosqueja un gesto ausente; con cierta meticulosidad extrae una pequeña lata plateada de uno de sus bolsillos y la deposita encima de la barra.

— Pues sí. Ahora, camines por donde camines, no pisas más que bultos flácidos y lodo. Además, joder, todo está lleno de colores extraños. Quiero decir, colores que brillan como si fuesen luces de navidad. Sinceramente, no sé qué ha pasado, pero con todo lleno de setas y paredes cubiertas de moho me siento mucho más incómodo que antes.

Con un movimiento herrumbroso, se levanta y se dirige a su abrigo; varias de sus vértebras chasquean, y una borrasca de petróleo y cólera amortiguada se resbala a través de su diafragma. Quiere gritar, pero ni su médula espinal ni su garganta se lo permiten. Una argamasa de represión, cansancio y apatía se cuece dentro de su estómago, domando cada migaja de rabia y caos que espolvorea sus pensamientos.

Se enciende un cigarro.

— Porque, no sé, era mejor cuando se

me llenaba la boca de polvo y me costaba respirar por el maldito gas. Sabía lo que era. Sí, no había más que despojos y huesos carbonizados, pero... mierda, a su manera era bello. Ahora todo resulta más repulsivo y da la impresión de estar más muerto que antes, por mucho que tiemble y palpite.

— ¿Tiembla?

— Todo el rato. Todo el maldito rato. Como un fiambre repleto de bichos a punto de explotar —los músculos inflamados de su mandíbula se tensan— es jodidamente desesperante. Pero me acabé acostumbrando. Sí. Me acabé acostumbrando a que todo resplandeciera, a que todo hiciera esos diminutos y repelentes ruiditos. Constantemente.

El murmullo de docenas de pequeñas gotas de agua reptando gelatinosamente alrededor del refugio provoca un espasmo casi involuntario en P. K., cuya boca se abre levemente, exponiendo un paladar oscuro y tibio.

— Supongo que por eso ya no viene nadie. Por lo que me cuentas, si yo no estuviese aquí enclaustrado me habría vuelto loco soportando toda esa mierda verde.

— Verde y morada y naranja y de colores que ni sabía que existían. Es como si alguien hubiera ido cromando montañas de vómitos con pintura metalizada. Marea solo verlo.

Una corriente glacial, revestida de un perfume almibarado y espeso, atraviesa la sala. Un escalofrío perfora las columnas vertebrales y los globos oculares de ambas figuras, provocándoles una incertidumbre rugosa e inesperada, una incertidumbre que se diluye igual que sangre en una sartén caliente; tras ella, el desasosiego. Corriendo sin control. Licuando todo cuanto se cruza en su camino. Y, finalmente, el miedo. Dando vueltas en círculos, como un carrusel enfermizo, alimentado por el crujido de los dientes tratando de pensar y los pulmones comprando oxígeno al por mayor antes de encerrarse en casa y no salir.

Algo flota en la atmósfera. El tiempo, convertido en gelatina pulposa, se dilata pegajosamente, y un armazón helado ciñe los intestinos y corta la respiración de P. K.; éste, sintiéndose una hormiga asustada

que chapotea el barro, vuelve a llenarse el vaso. Un absceso hinchado y agrietado le presiona las cuerdas vocales. Con esfuerzo, logra expeler una frase que rompe la mampara de cristal ahumado que tapiza el bar. Le tiembla la voz.

— ¿Hacen algo esas plantas? Aparte de ser molestas, quiero decir. ¿Tienen, no sé, espinas? ¿Atacan? ¿Cantan o lo que sea?

— No exactamente. Apenas tienen tallos. Es como hiedra de látex o de caucho de la que salen tumores y quistes.

— ¿Pero no se mueven?

— Bueno —las córneas del visitante patinan a lo largo y ancho de la galería de botellas que se exponen en las baldas de aluminio— Oye, ¿qué te parece si nos olvidamos de estas píldoras efervescentes y sirves alguna bebida de verdad?

— Todo lo que estas contemplando ahora mismo está vacío, así que no te ilusiones.

— ¿Y no te queda nada? ¿Ni cerveza? ¿Ni siquiera un vino de levadura sintética? Me extraña que no te hayas guardado nada para ti.

— Claro que me he guardado algo. Pero tú lo has dicho: es para mí.

— Eres una puta rata, y lo sabes.

Como si de espejismos descompuestos se tratase, una serie de hendiduras comienzan a cubrir violentamente las paredes, tatuándolas con una red de cicatrices orgánicas de las cuales surgen pequeños brotes bulbosos que parpadean y tiritan. Cuatro Dedos alza la vista en dirección a la más cercana de las fisuras y sonrío ásperamente.

— Por otro lado, dudo que puedas mantener a salvo tu preciado alcohol mucho más tiempo.

Incorporándose, señala con su extremidad amputada el tapiz mullido que se escurre a través del hormigón. P.K. se da la vuelta.

— Mierda.

— Te lo dije. Se extiende como el cáncer.

— ¿Qué? ¿Se extiende como el cáncer?

— Es una expresión, la decía mucho mi abuelo. Creo que se referían a una enfermedad o algo así. ¿Vas a compartir ahora tu tesoro, o sigues prefiriendo que se llene de esporas y se pudra?

Mordisqueándose la carne que forra el interior de las mejillas, el camarero hunde su mirada en la telaraña pastosa que se propaga a medio metro de él y maldice; lentamente, cruza la sala central y penetra en un pasillo atestado de arcones de PVC. Tras retirar tres cajas destinadas al almacenaje de complementos proteínicos y algas deshidratadas, abre una trampilla oculta tras uno de los tanques de agua y saca un estuche opaco. Se sienta en una de las pocas mesas que no han sido invadidas, lo destapa y desentierra dos botellines escondidos bajo un amasijo de polietileno acolchado. Le desliza uno a su acompañante, junto con un abridor descascarillado.

— Si no fuera porque, seguramente, no quede nadie vivo fuera de este lugar, te habría mandado a la mierda y te habría echado de una patada. No me gustan los listillos.

— Perdona. Se me había olvidado que eras todo amor y dulzura.

Brindan. Se galvanizan los esófagos con

la malta y la cebada. Tosen. Vuelven a brindar. Vuelven a toser. Alguien se ríe, sin importar el por qué. La mayor parte del local ha sido parasitado por un tapiz membranoso y húmedo, un lienzo que gorgotea y crepita. Ambas figuras suspiran casi simultáneamente. Después, el silencio.

— ¿Tú crees que esto es lo mismo que mató a todos en la Tierra?

Con los ojos clavados en los diminutos estallidos que espolvorean la espuma de su vaso, P. K. dibuja una mueca indiferente con sus labios.

— Ni idea. Y, si te soy sincero, no creo que descubrirlo a estas alturas les sirva de mucho.

— Supongo que tienes razón.

— Claro que la tengo. Hazme caso, los muertos no resucitan por muchas vueltas que le des.

Un cúmulo de esquiras viscosas llueve sobre el pelo fino y árido de Cuatro Dedos; éste, ligeramente adormecido a causa del manto de niebla verdosa que le arropa, agota de un trago los últimos mililitros de cerveza que aún sobrevivían en el fondo de su botella. Su anfitrión le mira con sonrisa.

— ¿Voy a ver si me quedan más?

La cosa

Berrocal, C.J.

Daniel Sampaio despertó irritado, la cama humedecida por su mismo sudor le causó una repentina repulsión. Una especie de pesadilla parecía seguir poseyéndole aun en su vigilia, o al menos eso creyó por algunos instantes, sentirse desplazado hacia algún limbo era lo más cercano a un sinónimo para aquella situación; luego y todavía exasperado, se estiró con brusquedad liberando su cuerpo de cualquier roce calórico, entonces retirando con efusiva habilidad el pasador de la reforzada ventana, la abrió por completo. Una cortina de polvo llovió sin cesar hacia las entrañas del hogar, y entre ella, un despejado cielo apenas lograba discernirse, como motas brillantes y finísimas, las estrellas gorgoteaban insignificantes tras aquel velo plumizo.

El mundo bajo el manto de aquella noche parecía estar completamente quieto, no obstante, al ras de dicha quietud, Daniel había logrado desde hacía unos días, escuchar o presentir (no había podido definirlo aún) un tenue bramido anunciando su avance, desde un punto ubicado aún mucho más allá de la posibilidad de percepción de la vista.

Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad de la noche externa, solapado desde la ventana, con la garganta reseca por la bajísima humedad del ambiente, se erguía casi congelado de movimientos tratando de colar cualquier fenómeno extraño que sus sentidos pudieran fiscalizar. Un leve viento soplaba desde el oeste, entonces notó que los árboles seguían allí, y la brisa filtrada entre aquel verdor, le trajo un pequeño alivio, los sensores más lejanos seguían marcando arriba de los 40 grados Celsius, el calor no paraba de subir, al menos por la noche las variaciones calóricas eran menores, y las temperaturas mínimas (como la de aquel momento) le permitían un pequeño descanso.

Por un instante fue presa de un leve estremecimiento, y la momentánea tranquilidad de notar la arboleda aún viva, se en-

sombreció al recordar que justo desde el oeste venía y se anunciaba lo que él tanto temía. Aún con todo, decidió pensar (o engañarse, como bien su inconsciente no paraba de gritarle), que aquel sonido que por lo bajo escudriñaba sobre sus sentidos, podía ser el agua corriendo, volviendo a destilar sobre las llanuras amazónicas; quien podría apostar, quizá los resultados de sus investigaciones, o las referencias de los datos que le llevaban a otras no tan halagüeñas conjeturas, estuvieran equivocados, quizá y la esperanza ciega que lo mantenía ahí, después de que todo ser humano había emigrado, le premiaría dándole la razón a su necia y obstinada intuición. O, tal vez, le castigaría dejándole al desnudo como el simple soñador que siempre había sido, lo cual no estaba mal, no claro, siempre y cuando no fueras un ecólogo de renombre, llamado Daniel Sampaio.

Giró la vista hacia el este, no le veía ni le escuchaba en absoluto, pero en aquella dirección y a poco menos de un kilómetro, un mar rojizo, hediondo y caliente, regurgitaba su fetidez contra las arenas costeras. Algunas algas en proceso de enfermarse se podían rescatar aún, así como uno que otro pez ciego de las profundidades, que, desorientado entre las aguas pestilentes del océano enfermo, llegaba volviéndose presa fácil para ser parte del ínfimo menú del Dr. Sampaio.

Probó las luces, una añeja lamparita colgando sobre su cabeza desparramó unos muy débiles lúmenes, y la oscuridad del lugar se convirtió en una penumbra polvorienta, tomó uno a uno, una especie de cuadernos afincados en el librero, entre una avejentada colección de clásicos de ficción y manifiestos realistas, y los apostó sobre el húmedo y ceniciento camarote; la exigua luz apenas si le permitía descifrar los apuntes que yacían tatuados sobre las hojas amarillentas, no recordaba si hacía dos o tres días que no realizaba los deberes correspondientes al cuidado de los paneles sobre el techo de la choza, pero sin duda

estarían copados por una buena capa de polvo, y esto le estaba pasando factura a su pobre servicio de iluminación.

Revisó uno a uno y por varias horas los datos obtenidos después de años de aislamiento, había perdido muchos sensores, era cierto, y desde hacía unos meses ya no era capaz de acercarse a la zona de movimiento, solo la pérdida progresiva de los detectores en las diferentes escalas de distancia le podían dar una idea del avance de la cosa. Y pensar que apenas unos años atrás todo el planeta parecía estar pasando por un estadio de normalidad. Era cierto que los picos de temperatura aumentaban considerablemente cada temporada, pero nadie podría prever cuán rápido se desataría el infierno, bueno en realidad si hubo alguien que atinó a pronosticar el apocalipsis: Anibal Copenghen. Ahora la carta que el científico le escribiera meses antes de la gran debacle, se encontraba junto con sus apuntes desparramados sobre el camastro, esta vez al releerla, no sintió la seguridad del primer momento, donde incluso se dio el lujo de ser reacio en apoyar sus investigaciones, y esta, sin duda, fue una de las razones que le mantenían aún en aquel retiro, su necia y obstinada creencia de que todo sería reversible, por más que las pruebas tangibles le seguían sugiriendo todo lo contrario.

Ni siquiera cuando los últimos barcos abandonaron la región de Paraíba sintió reales deseos de irse, no sería, según él, parte de la locura colectiva desatada por los reaccionarios cambios acaecidos sobre las tierras emergidas. La mayoría huyó hacia los polos y sus cercanías, otros inclusive el mismo Copenghen, decidieron abandonar el planeta.

Pocos meses antes de la partida de los postreros navíos, la primera muestra del poderío de la cosa, quedaría patente. La gran Oceanía convertida en un apocalipsis de fuego y polvo, los barcos de salvamento rescatando personas en los puertos, ciuda-

des y campos completamente envueltos en llamas, bajo un firmamento rojo, tan rojo como la sangre. Por dos semanas el sol no fue capaz de traspasar la cortina de humo y gases en que se había convertido el cielo del oriente austral. Pérdidas de seres vivos contadas por millones, muchos humanos entre ellas; toda la flora y fauna endémica completamente extinta, arrancada del seno de Gea por la grosera mano del cambio, de la cosa y su avance sobre aquel apartado rincón del mundo. El fuego lo engulló todo, hasta que nada quedó, hasta morir con el último centímetro de vida que encontrara a su paso. Pero esto era solo el inicio, el humo que una semana después de empezado el infierno en la gran isla, se respirara en las costas sudamericanas, un tumor del tamaño de un continente corriendo por sobre las aguas del Pacífico, un muro siniestro que sobrepasó fácilmente la estratosfera y quizá, llegó inclusive a tocar la capa Heavyside, sería solo un aviso de hacia dónde se enrumbaría el siguiente paso del cambio; los vientos traían algo más que solo agregados carbónicos descompuestos por incineración, la cosa viajaba con ellos, disfrazada, como una demoniaca sombra al acecho, ávida de destrucción. Meses después, enormes cortinas de humo se divisaban desde casi cualquier parte del gran Amazonas, la muerte estaba en América.

En los primeros días desde que le dejaran, Daniel había tenido la oportunidad de escuchar por la radio cómo se desplazaban y asentaban los principales grupos, por cerca de un año captó algunas señales y hasta supo por ellas de un lugar llamado Apocalipto, muy al este y al norte, donde al parecer se reunía gran cantidad de desplazados. Después no supo más, la radio no volvió a dar muestras de vida en los siguientes años, las voces distantes se habían apagado de pronto; entonces, ni siquiera su espectrómetro fue capaz de filtrar algún tipo de radiación electromagnética artificial.

Dedicaba sus días a la revisión de los sensores que había instalado previo a la gran catástrofe, y que le proveían de la información necesaria para continuar con su investigación suicida. Los cúmulos de arena aparecían todos los días en diferentes

sitios, y cada vez le hacían más difícil el trasladarse para hacer la rutinaria visita de reconocimiento. Además, consagraba también parte de su tiempo al pequeño invernadero proveedor de la mayor parte de su sustento, no obstante, el pozo de agua dulce se había escurrido casi por completo en las últimas semanas, y la humedad del ambiente había disminuido tanto que el papapente destilador en su patio solo era capaz de recoger unas cuantas gotas al día. Y bueno, todo mundo es capaz de comprender la relación intrínseca entre una fuente de agua y una huerta. Debía, además, ejecutar todas sus tareas en horas del día alejadas del cenit, los rayos solares desplegados en aquel momento, se habían convertido ya para aquella época, en voraces filamentos portadores de mortal radiación.

Después de una exhaustiva revisión de sus registros, incluyó los datos del último día, y al momento de extrapolar la información una mueca de terror recorrió sus facciones. Un antiguo temor hizo presa inmediata de sus pensamientos, y la seguridad total de que se encontraba equivocado se asomó más latente que nunca.

El clima era ahora menos cálido, como si la meteorología le diera un espaldarazo a sus anhelos, se comportaba de forma extraña, distinta al rumbo que los datos anunciaban debiera seguir; ahora también el zumbido era inevitable, ya no tenía dudas, podía escucharle claramente. Volvieron a su mente entonces, las bandadas de aves volando al norte, luego regresando al sur, para poco después verles de nuevo con camino incierto al norte otra vez. Innumerales tipos, indiferenciables, aun para Sampaio, mares de pájaros oscurecieron el poniente por varios días, extraviados sin duda, rota la brújula de su instinto ancestral.

Un irascible retumbo le sorprendió dormido sobre sus apuntes, no se sucedió ningún presagio mientras se dirigía a la estrecha ventana, ni tampoco al asomarse sobre el batiente de la misma. El ya acostumbrado

y despejado cielo le recibió como todas las mañanas, era un espejo del pasado, una fotografía. Sobre él, no obstante, una brisa cálida bajaba desde el saliente acariciándole con insolencia. Ahora podía ver el hediondo y enrojecido mar, las últimas marcas de medición sin duda, hundidas muchos metros abajo, la ocre agua mucho más cerca; pero ahora, además, azotando furiosa las negras arenas de la costa, y sobre la misma, un finísimo brillo que se perdía más allá del horizonte oceánico.

Con miedo, como quien sabe la verdad de las cosas, pero no tiene el tiempo suficiente para arrepentirse y, aun así, aguarda unos segundos para darle una despedida digna a la mentira que fue soporte de sus esperanzas más recónditas, Sampaio se negó en dicho intervalo a mirar al oeste, no estaba arrepentido, había vivido por su convicción, y, además, sabía bien que la perfección era cosa de fórmulas matemáticas, de vibraciones de 440, no de humanos. Podría haberse quedado un siglo en aquella posición, alargar la invención que con tanto ahínco había nutrido en todos aquellos años, pero bien sabía que ya todo era inútil, lo había descubierto aquella misma noche, entre la información que él mismo recolectaba; levantó con gallardía el rostro y pudo constatar todos sus temores.

Bajo un inclemente sol que se anunciaba glorioso hacia el saliente, la cosa cabalgaba sobre una muralla de varias decenas de metros de altura, avanzaba rugiendo y arrasando todo a su paso, los árboles caían como pétalos de flores marchitas y desaparecían al instante entre aquel dantesco infierno de arena; la desertización había tomado el testigo de las grandes hogueras. Acelerando cualquier proceso similar antes conocido, el desierto en que se había convertido el otrora pulmón del mundo, el Amazonas, había completado su tarea, avanzando y engullendo el último estrato de vida sobre el continente, limpiando su camino hasta chocar con el océano mismo.

Soy el tripulante 90382 de la Nave Asaru.

Este nombre significa "Luz de los Dioses", aunque no podría asegurarlo.

Aún desconozco mi forma, idioma, aspecto, si soy vegetal, animal o mineral; aunque tengo la extraña certeza de saber en qué consiste mi misión:

Comprobar los niveles de potencia en los motores y realizar los reajustes necesarios. Por tanto, en resumen, no soy importante.

¿Cómo puedo saberlo? Tal vez, lo podríamos llamar intuición. Al menos, en eso me diferencio de mis compañeros.

Nuestra nave viaja a una velocidad superior a la de la luz, fenómeno que se da en las inmediaciones de quasares o agujeros negros y que en nuestra simulación supone el límite de la velocidad universal.

¡Vaya! ¡Creo que he ido demasiado rápido para un oyente humano!

Intentaré tranquilizarme e inspeccionar mi entorno.

es oscuridad a mi alrededor y carezco de sensaciones, o puntos de referencia, para tener más datos; así que supongo que aún estoy en la cápsula de hibernación.

Está bien. Voy a repasar mis actos, dentro de la realidad virtual, y así prepararme para mi despertar.

Creo que todo comenzó aquella lluviosa mañana, mientras mi hijo pequeño miraba ausente por la ventanilla:

—Papá, estamos en una nave espacial —dijo con firmeza.

—Desde luego, lo parece. Estos coches modernos están llenos de lucecitas. —Al girar la cabeza, divisé cómo un gran monovolumen se colocaba delante de nosotros. En su portón trasero, con letras plateadas, se podía leer la palabra "SPACE".

—¡Qué casualidad! —Pensé— Es como

si el mundo me quisiera decir algo. —Un avión permanecía suspendido en el aire, sin apenas moverse, sobre nuestras cabezas.

—Un ejemplo más de la relatividad.

—¿Qué dices Papá?

—Nada, nada. Sólo pensaba en voz alta.

—¿Podría ser posible que lo que me rodea, veo y siento fuese una mentira? —meditaba en silencio— Y si fuera así, ¿cómo podría librarme de ella?

Hay personas que mueren para así despertar a una vida mejor, ese paraíso prometido en tantas religiones, pero... ¿Y si también mueres en "la otra" realidad? Es demasiado arriesgado para que el suicidio sea una opción.

Quizá algún acontecimiento que te dejase en un shock profundo, algo extremadamente impactante y doloroso, tal vez pudiera hacerte despertar. Perder lo que más quieres en la vida, sería una opción.

Tu razón para vivir es, en definitiva, lo que te ata a este mundo.

De repente, un estruendo sonó en la parte trasera dejándome apenas tiempo de mirar lo que ocurría.

Una luz me cegó para dejar paso a la negrura en la que ahora me hallo.

Ahora recuerdo el planeta que dejamos atrás y todo lo que he contado me parece un sueño lejano. Espero que mis compañeros abran la cápsula pronto; parece que se haya quedado bloqueada.

Un click resuena en el interior y, de nuevo, la luz cegadora.

Al abrir los ojos lentamente veo cómo el equipo médico del hospital rodea mi cama.

Mi esposa, visiblemente demacrada, me agarra con fuerza la mano.

Un doctor se dirige hacia mí mientras leo su nombre en su bata blanca e impecable:

—Tiene suerte de estar vivo. Un camión arrolló la fila de vehículos y le sacaron de los escombros a duras penas.

Ha estado en coma varios días pero le hemos traído de vuelta. —De repente, un pensamiento cruza por mi cabeza como un relámpago.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Jaime? —Un desgarrador grito sale de la garganta de mi mujer mientras se arroja al suelo, bañando su rostro en un mar de lágrimas.

La enfermera la sujeta por los hombros y la arrastra fuera de la habitación.

Fue entonces cuando tuve la certeza y, fue entonces también, cuando mi corazón se rompió en mil pedazos.

—Lo siento —dijo el médico— El blanco

resplandor invade mi visión mientras escucho alejarse las voces:

—¡Lo perdemos! ¡Rápido, traigan el desfibrilador!

La oscuridad se ha hecho finalmente dueña de mi conciencia y la certeza de que mi viaje llega a su fin, me envuelve con su tranquilizador abrazo.

Sólo espero que la vida en nuestro nuevo hogar, este planeta al que orbitamos, sea mejor que esta simulación.

Navegante de Segunda Clase, Jaime.

Revelación

Verón, Daniel

La siguiente parada fue en Aromis-17, un pequeño mundo de características crepusculares bastante alejado de su sol. Según el científico Merkosian allí estaba radicada una raza interesante. Norstad conocía bien a su oficial y sabía que si él utilizaba la palabra "interesante" era porque se trataba de algo digno de verse en aquellas inmediateces.

Como en todos los casos, la nave Milagro se limitaba, primeramente, a orbitar aquel planeta, los científicos estudiaban todo lo posible desde allí mismo y sólo después se establecía el momento para el descenso, siempre y cuando este fuera aconsejable.

En esta ocasión, el almirante se hizo acompañar no sólo por Merkosian, sino también por Estelian, la oficial experta en psicologías SH, el Dr. Muir y la asistente Soniar Larsen. El planeta Aromis era un mundo de características muy especiales. Su apariencia se asemejaba más a ciertos mundos que, habitualmente, eran inhabitables para el Hombre Solar: escasa luz diurna, mantos de nubes que van y vienen, ausencia de agua, temperaturas bajas, etc. Sin embargo, la atmósfera era respirable en condiciones naturales, sin necesidad de ningún artilugio, como a veces era necesario emplear. También se dio un hecho poco habitual. Un representante de los aromisios se acercó a recibirlos, pese a que no habían sido previamente advertidos de su llegada.

El espíritu de su interlocutor era un tanto extraño. Difícil sería asegurar si se trataba realmente de un MH o no. El rostro lo tenía particularmente grande, ocupando casi la mitad de su altura; brazos y piernas se movían de un modo singular con mayor amplitud de movimientos y los ojos eran muy grandes, de tal modo que el globo ocular realizaba un recorrido casi panorámico a su alrededor.

Norstad levantó una mano en señal de

saludo, como generalmente hacían los almirantes de la Federación. El aromisio imitó este gesto y emitió un sonido semejante al de ciertos pájaros que, al instante, tradujo el sistema universal que llevaban los exploradores.

—Bienvenidos. Mi nombre es Etonet y soy el encargado de recibir a visitantes como ustedes. ¿De dónde provienen?

—Mi nombre es Norstad, el almirante Norstad y pertenezco a la Federación de Planetas. Venimos solamente por interés científico.

Así continuaron los saludos y presentaciones. Etonet no estaba solo, sino que iba acompañado por dos mujeres que resultaron ser ambas sus parejas. Por extraño que parezca, una era su compañera de día y la otra lo era de noche. Más adelante el almirante y los suyos entendieron que estos períodos eran sumamente largos, dada la lenta rotación del planeta. De todos modos, los aromisianos se mostraron muy interesados en ellos. Ciertos científicos suyos habían oído hablar de la Federación, pero su civilización no pertenecía a la misma. De modo que no cesaban de interrogarles sobre un montón de temas. Les interesaba especialmente cómo podía mantenerse una estructura tan inmensa como la Federación, que abarcaba miles y miles de culturas a lo largo de cientos de galaxias.

Tras algunos minutos, Etonet los invitó a ir con ellos a cierta estructura que era algo así como su vivienda personal y laboratorio a la vez. No hay duda que la casa era algo verdaderamente extraña para el concepto de un humano. Por supuesto que, luego de un tiempo, Merkosian y su equipo también les interrogaron sobre ciertos aspectos de su vida personal. Es aquí donde comenzó a revelarse que estaban ante algo que parecía nuevo, por muy aventurada que pueda parecer esta palabra.

Los aromisianos tenían, sí, un cuerpo notablemente complejo para el concepto del MH (Modelo Humano), pero lo que los hacía realmente especiales es que no tenían

un alma, sino varias. Aquí, una de las mujeres, llamada Irkiada, les explicó una diferencia que los humanos no siempre ven claramente. Ellos, los aromisianos, poseían varios espíritus y varias almas, por lo menos un número de 5 cada una. ¿Qué era el espíritu? En su cultura significaba algo así como una doble-vida que les permitía realizar ciertas tareas y, a la vez, estar ocupados en interesarse en otras completamente distintas, sin que interfirieran en lo más mínimo. En cuanto al alma, estas consistían en una suerte de "vida invisible" e inmortal, pero no eterna. En efecto: cada alma poseía una relación directa con antepasados suyos, de modo que habían tenido un origen. Esas almas eran independientes del cuerpo físico, algo que no sucedía con los espíritus. Es por esta causa que los aromisianos no practicaban el viaje espacial con naves, sino que ellos mismos proyectaban su alma a cualquier lugar que quisieran.

Es mucho lo que Merkosian y Estelian quisieron averiguar. El grado de conciencia que los aromisianos conservaban de sus almas, estaba relacionado con la distancia a que las hubiesen proyectado. De acuerdo a ciertos ejemplos que dieron, quedó claro que se desplazaban a una velocidad mil veces superior a la de la luz. En cuanto a los espíritus, estos sí estaban más dependientes del cuerpo físico de cada uno y también desaparecían cuando el cuerpo físico moría. Dentro de su concepción del universo, las almas eran los verdaderos habitantes del Cosmos, mientras que los cuerpos físicos y sus espíritus eran simples proyecciones de las almas que, de este modo, se extendían a los planetas, un medio que no era el suyo natural. El hogar de las almas, por así llamarlo, eran las grandes nubes de estrellas de las galaxias.

—Pero todas las almas no son iguales, ¿verdad? —interrogó Estelian.

—Así es, son diferentes —respondió la mujer llamada Bukelia— La materia de que están hechas las almas depende de los componentes de las distintas nubes estelares. En cierto modo se puede decir que hay algunas más desarrolladas que otras que son inferiores, pero aún así, esto es muy relativo. Las almas nunca pisan suelo

firme porque moran en el espacio interestelar. Para acceder a los planetas nos usan a todos los seres que poseemos cuerpo físico.

—¿Es esto una suposición suya o algo que han investigado? —preguntó Norstad.

—Almirante Norstad —dijo Etonet— todos nosotros somos almas encarnadas. No se trata de ninguna especulación cosmológica, sino que se la estoy revelando a usted en este momento. Lo nuestro no es teoría sino lo que realmente sucede.

Luego de algunas preguntas más, la asistente Soniar aventuró:

—Entonces me imagino que esta visión que poseen del Cosmos debe influir en muchos aspectos de su vida.

Etonet la miró con interés y respondió:

—Cuando tú sabes que sólo eres algo así como el brazo-robot de otro ser, las cosas tienen, seguramente, otro significado que para aquel que no lo sabe. En nuestra cultura hay muchas cosas que nunca hemos hecho porque entendimos que son inútiles. Nosotros podemos pensar por nosotros mismos, pero si tienes una guía segura de varias almas que saben mucho más que tú, ¿para qué perder tiempo?

—De modo que nunca hubo guerras —intervino el doctor Muir— ni tampoco gobiernos.

—Está en lo cierto, doctor —replicó Etonet— Los planetas tienen una existencia muy breve para lo que son las almas. En unos pocos millones de años las estrellas cambian, las condiciones geofísicas cambian y todo lo que uno pueda haber construido desaparece por completo. Nosotros no tenemos una civilización en el sentido que ustedes lo entienden, sino que cada uno hace lo que quiere y lo que bien le parece. —Y dijo, mirando a sus compañeras: — Hoy estoy con Irkiada y con Bukelia, pero habrá un día en que no estaré con ellas sino con otras y ellas harán exactamente lo mismo.

—Sin embargo, Etonet, nosotros trabajamos y nos esforzamos para hacer algo que perdure a través de los eones —replicó con vehemencia Norstad—. Muchas cosas han pasado en el universo y, sin embargo, la Federación sigue existiendo. Y no sólo

eso, sino que lleva su cultura y civilización adondequiera que vayamos.

—Nosotros sabemos lo que hacen ustedes —dijo Etonet y su voz sonó algo diferente—. Hace mucho tiempo que los conocemos.

El almirante lo observó con curiosidad.

—Disculpe, pero hace solamente unos minutos usted mismo me preguntaba cosas de la Federación.

—Lo siento. Esa ha sido mi parte física. En estos momentos le habla Zurey, una de las almas que supervisa a este ser.

Las mujeres que estaban con él también lo miraban con interés y algo de asombro. Zurey continuó:

—Ustedes buscan perpetuarse. Nosotros ya lo hemos intentado y, de hecho, hace millones de años que vivimos. Hemos visto la galaxia y todo esto que ustedes llaman Supercúmulo prácticamente desde su creación.

—¿Puedo preguntarle, Zurey, cuándo aparecieron ustedes? —habló Norstad.

—Sólo les diré esto. Nosotros tenemos conciencia desde que se formaron todas las cosas. Los elementos no andan dispersos por ahí, esperando que un azar forme alguna criatura. La vida ya existía desde el principio.

—Pero ustedes no han creado la totalidad de los seres planetarios —replicó Norstad—. Yo no tengo un alma que tenga que ver con ustedes, ni tampoco muchos otros humanos.

—Hemos creado a muchos seres pero no todos. Por supuesto que algunos de ellos son imperfectos, como ya se dará cuenta. Etonet y los otros de este lugar son seres que no han querido progresar. Más bien, el saberlo todo por adelantado los desanimó.

En ese momento, Estelian interrumpió y volviéndose al almirante dijo:

—Almirante, tengo pruebas de que este desánimo de que habla Zurey no es natural, sino inducido.

—¿Inducido? —Se extrañó Norstad.

—Así es, señor. Por ellos —dijo señalando a los que tenía adelante— Son las almas las que tienen este problema.

—Bien... —murmuró el almirante mirando fijamente el cuerpo de Etonet.

—Usted no lo entiende. Viva varios miles de millones de eones y después dígame qué es lo que siento.

—Zurey, creo que usted y quizá otros, estén desanimados porque no han logrado hacer las cosas como lo deseaban.

Como resignado, su interlocutor respondió:

—Pues le diré. Nosotros no hemos creado el Universo, así que ignoramos cuáles son los propósitos de aquel que lo creó. Nos interesaría conocer el por qué de toda esta mega-estructura. Hace mucho tiempo nuestros sabios dijeron que el verdadero objetivo era poblar el Cosmos y eso es lo que empezamos a hacer en muchos planetas, especialmente en este Supercúmulo. Sin embargo, con el tiempo hemos visto claramente que esto no es un fin en sí mismo, sino algo que simplemente plantea nuevos interrogantes.

—Pues déjeme decirle lo siguiente: Yo tengo muchísimo menos tiempo de existencia que usted y, sin embargo, le puedo responder que poblar el Universo es sólo multiplicar un tipo de vida ya preexistente. Pero hay cosas en el Cosmos que nada tienen que ver con usted, ni conmigo, ni con ninguna clase de vida tal como nosotros la conocemos.

—¡Las almas son lo máximo que hay! —exclamó Zurey.

—No es así. Quizá eso haya sucedido en este Supercúmulo o en algún otro, pero existen regiones del Cosmos adonde aun las almas de los seres vivos han sido superados por otras cosas que están más allá de nuestro entendimiento.

Los cuerpos de los aromisioanos cambiaron de posición, como quien baja los brazos tras haber luchado toda su vida.

—Zurey —dijo el almirante— temo que ustedes le han transmitido a los aromisioanos un concepto negativo. Ustedes han creído ser los únicos, tal vez los mejores. Vieron todo un universo para ustedes y creyeron que lo único que tenían que hacer era poblarlo. Hasta que se dieron cuenta que no es así, que están equivocados y que probablemente pertenecen a una clase de almas inferior a otras.

En esos momentos, una de las mujeres, la que se hacía llamar Bukelia, dijo:

—Por favor, basta, almirante. Lo reconocemos, es así como usted dice pero no continúe. Zurey no sería capaz de soportarlo.

—Sin embargo le diré una última cosa — insistió Norstad con energía—. Lo que hace verdaderamente grande a una criatura cualquiera es reconocer sus errores, sus equivocaciones. Eso es lo único que le permitirá seguir adelante. Nosotros, los descendientes del Hombre Solar, nos hemos equivocado muchas veces, pero lo hemos reconocido y esto nos ha permitido dar el siguiente paso en la evolución cósmica.

Los cuerpos volvieron a erguirse como al principio. Etonet sufrió algo así como un temblor y luego de unos segundos les habló otra vez con la voz semejante a los pájaros que habían escuchado al principio.

—Mis mujeres y yo tenemos que darle las gracias, almirante. Ahora lo he entendido —dijo y avanzó hacia Norstad dándole la mano como era usual en algunas culturas. Luego añadió— Le aseguro que me reuniré con otros de mi raza y hablaremos para cambiar las cosas en nuestro mundo, y, ¿quién sabe?, comenzaremos a explorar y tal vez un día nos volvamos a encontrar en algún lugar del Cosmos.

—Pues para mí será un honor, Etonet, Irkiada y Bukelia. Siempre estaré a su disposición para lo que necesiten, lo mismo que la Federación, a la cual represento.

Unos y otros se saludaron cordialmente. Poco después lo federales regresaban a la nave Milagro para continuar sus exploraciones.

Sin embargo, antes de partir, el Dr. Muir se acercó al almirante y dijo:

—Almirante, verdaderamente debo felicitarle por lo que ha hecho, señor. Muchas veces nos ha tocado aprender de otras razas. Hoy creo que son otros los que han aprendido de usted.

—Muchas gracias, doctor, pero, después de todo, a esta altura ya tenemos cierta experiencia, ¿no?

—Así es, señor. Solamente me pregunto a cuántos lugares más las almas de Aromis habrán llevado su mirada egocéntrica e impotente a la vez. En otras palabras, cuántos más han creído ser dioses, hasta que un día comprendieron que no lo eran.

—Pues algo así sólo lo sabremos con el tiempo. Sin embargo, yo le diría que ya actualmente conocemos a muchas razas que tienen este problema.

Y el hombre solar, almirante? — interrogó Estelian, que provenía de un mundo de Canopus.

—Mis antepasados también tuvieron este problema hasta que un día comprendieron su error.

—¿Y cómo sucedió eso, señor? — preguntó Muir.

—Quizá con alguien como nosotros, que les enseñó lo que no sabían.

Un oficial del puente de mando inquirió sobre la ruta a seguir y Norstad señaló muy a lo lejos, en algún punto que se perdía entre miríadas de estrellas:

—Hacia allí vamos.

La gran misión continuaba.

